

REVISTA PASTORES. AÑO 2 – N° 6 Agosto 1996

Editorial

Estudios

El sacerdote y la justicia social. Rafael Salazar.

Testimonios

San Cayetano y la situación social.

Testimonios

Monseñor Enrique Angelelli. Oración.

Homilía de Mons. F, Sigampa. Testimonio de Mons. C. Giaquinta.

Teología

Ejercicio del ministerio. P. Abdrés Arteaga Manieu.

Pastoral

La imagen del sacerdote en los medios de comunicación.

Alfonso Crespo Hidalgo.

Formación Humana

Crecer como personas para servir como pastores.

Juan María Uriarte.

Espiritualidad

El servicio de la palabra. Fernando H. Gadea.

Crónica

II Jornada Nacional de Responsables del Clero

Recensiones

Noticias

EDITORIAL

Nuevamente nos ponemos en diálogo con nuestros lectores al publicar este N° 6 de “*Pastores. Cuadernos para la formación sacerdotal permanente*”. En esta oportunidad hemos querido dedicar un espacio de la revista a una dimensión del ministerio sacerdotal que en todo tiempo -pero particularmente en el nuestro- incide y “tiñe” la vida y el servicio de los pastores. Nos referimos a la problemática social, signada por lo que los obispos argentinos consideraron uno de los dos desafíos para la nueva evangelización en la Argentina: la injusticia social (cfr. CEA; *Líneas Pastorales para la nueva evangelización* N° 12 - 14).

Ante todo desde estas páginas queremos expresar nuestra solidaridad para con tantos hermanos sacerdotes que de manera cotidiana y escondida ofrecen un testimonio vivo de Jesús, servidor de todos pero en especial de los más pobres, débiles y sufrientes. A ellos queremos llegar para que sientan nuestra presencia fraterna y reconocida. Sabemos de sus desvelos y de su entrega, a menudo en situaciones de adversidad y hasta persecución. Valoramos y agradecemos este servicio que -de algún modo- también sentimos nuestro.

Además queremos ofrecer un sencillo aporte, desde lo específico de nuestra publicación. Por ello es que en este número transcribimos un artículo de la Revista “Sacerdotes”, de México, que al reflexionar sobre el sacerdote y la problemática social nos da pistas y amplía el horizonte del tema abordado. El autor es el P. Alberto Aranda, Misionero del Espíritu Santo, de quien ya hemos publicado antes algún artículo. También hemos pedido el testimonio del Párroco del Santuario de San Cayetano de Liniers. Su servicio en el Santuario le hace un testigo elocuente de la difícil situación por la que atraviesa gran parte de nuestro pueblo.

Coincidiendo con este tema y la fecha de aparición del presente número hemos querido hacer un breve recuerdo de Mons. Enrique Angelelli, de cuya muerte se cumplen veinte años en este mes de agosto. En él vemos la figura sacerdotal de muchos que vivieron y viven el ministerio en favor de los más pobres, entregando la vida en muchos casos de modo heroico.

El Papa y los obispos nos han invitado a examinarnos como Iglesia para preparar la llegada del tercer milenio. Entre otros temas a revisar se nos ha propuesto la recepción del Concilio Vaticano II y su puesta en práctica. Para ayudarnos en esta tarea transcribimos un trabajo del P. Andrés Arteaga Manieu, del clero de Santiago de Chile, publicado en la Revista Católica.

Es sabida la importancia de los medios de comunicación social en el mundo de hoy. Se los ha llamado “areópagos contemporáneos”. Y en ellos aparece con cierta frecuencia la figura sacerdotal. Como en la literatura de otras décadas, hoy el sacerdote es tema de películas, telenovelas o participa en diversos tipos de programas. Esta realidad ha inspirado la ponencia del P. Alfonso Crespo Hidalgo, de la diócesis de Zamora (España), en el Simposio Romano con motivo de los 30 años de *Presbyterorum Ordinis*. Con las advertencias que el mismo autor señala, nos parece que este artículo puede ayudarnos a reflexionar sobre un tema que a todos nos interesa ya que a nadie escapa la incidencia de los “medios” en nuestra vida y ministerio.

Con el significativo título de “Crecer como personas para servir como pastores”, se publica una conferencia de Mons. Juan María Uriarte, Obispo de Zamora y Presidente de la Comisión Episcopal del Clero de España, en las Jornadas de Delegados Diocesanos del Clero 1994, organizadas por esa Comisión Episcopal.

También el Pbro. Fernando Gadea, de la Arquidiócesis de Buenos Aires, ofrece su reflexión sobre el servicio de la Palabra y su vínculo con la belleza en la vida de los presbíteros.

En la reciente IIª Jornada Nacional de Responsables de Clero (ver crónica en este mismo número) hemos podido constatar con alegría que “*Pastores*” ha podido difundirse en prácticamente todas las diócesis del país. Es aprovechada para la lectura y la reflexión personal y grupal por cerca de 700 suscriptores. Esta constatación nos alienta a seguir empeñados en esta empresa y también a invitar a todos los que quieran acercarnos sus aportes: ideas, notas, suscripciones o cualquier otra colaboración. Esperamos poder así seguir ayudándonos entre todos a crecer en la alegría y la fidelidad, que es el primer servicio que Dios y los hombres esperan de nosotros.

Todo apóstol, pero principalmente el sacerdote ministro, debe ser signo claro del Buen Pastor, porque Jesús se transparenta a través de sus discípulos: «he sido glorificado en ellos» (*Jn 17,10*). Ser «gloria de Cristo» (*2 Co 8,23*) o su Epifanía, equivale a ser su signo personal, o sea, su otro yo. El pueblo de Dios tiene derecho de ver en los sacerdotes los rasgos de la fisonomía del Buen Pastor.

EL SACERDOTE Y LA JUSTICIA SOCIAL

Rafael Salazar²

Fundamento de la Justicia Social

Ser instrumento vivo, como sacerdote, supone sintonizar con los criterios, la escala de valores y el actuar de Cristo. Es un proceso continuo de identificación que es tan necesario como posible. Partimos de la realidad, Jesús no llamó a los hombres mejor dotados y en proceso creciente de madurez humana, sino a hombres de barro (*2 Co 4,7*) con sus debilidades y limitaciones. El Señor hace posible nuestra respuesta generosa gracias a su presencia, su inmolación y su oración (*Jn 17*). La unción sacerdotal y la caridad pastoral hace que el sacerdote se convierta paulatinamente en epifanía o signo de Cristo (*Jn 16,14; 15,26-27*).

Prologar a Cristo, su palabra, su sacrificio y su pastoreo, implica prolongar sus gestos y su fisonomía, para dejarlo transparentar en nuestra propia vida y testimonio (*Ga 2,20*). Cualquier campo del ministerio sacerdotal o de servicio para prolongar a Cristo (*EN 6,16*) tiene como objetivo la transformación de la humanidad, según los planes salvíficos de Dios en Cristo (*EN 17,24*); y los medios para este fin, son el anuncio, la presenciarización y comunicación del misterio de Cristo, ya sea con ministerios y servicios concretos de inserción y cercanía (*EN 40,8*).

Cualquiera que sea la pastoral del sacerdote de hoy, supone una ascética o una actitud constante de servir sin condiciones. Son las reglas de juego de la caridad pastoral. Por eso, el anuncio de la palabra caracteriza la vida del sacerdote en una dinámica que lleva a la celebración de esta misma palabra en el misterio eucarístico y hacia la vivencia personal y comunitaria en plenitud. Palabra, sacramento y vivencia se complementan. La predicación de la Palabra no es el simple dictado de una doctrina en vistas a la implantación de una estructura social. La Palabra tiene sus exigencias de estudio, de contemplación y de acción en una aplicación comunitaria; pero tiene además una exigencia concreta: la orientación profunda en la vida del sacerdote y en su pastoral social. Siguiendo el ejemplo del Señor, el sacerdote prepara el mensaje, lo dialoga con el Padre y lo trasmite a través de una vida de cercanía y de consagración a los más pobres y marginados socialmente. Jesús mismo trazó las líneas de esta ascética del sacerdote, predicador del Evangelio (*Mt 10,5-42*).

La Palabra ilumina así, los problemas concretos de los hombres de hoy en las nuevas situaciones de la sociedad que se han caracterizado por una profunda depresión económica, por luchas de grupos políticos en busca del poder, por denuncias públicas de corrupción que ponen al descubierto la grave descomposición social, por actos de violencia que atentan contra la paz y contra la vida de las personas. Las causas de esta descomposición social son la apatía y complacencia de la sociedad misma, así como la indefinición ante los valores como la verdad y la justicia social.

Testimonio y experiencia de los valores evangélicos, son parte integrante de la predicación sacerdotal (*Hch 2,32; 1 Jn 1,1*). Toda la vida del sacerdote queda «marcada» por el encuentro auténtico con Cristo, palabra de Dios, de quien testifica que vive resucitado y que actúa en la Iglesia y en el mundo. Este testimonio y experiencia se demuestran también por un lenguaje adaptado al pueblo y a los pobres.

Uno de los aspectos más difíciles de este apostolado social sacerdotal, es la actitud de esperanza, especialmente cuando el futuro no es inmediato (*Jn 4,37*). Cuesta mucho

convencerse de que la semilla de la palabra crece sola y calladamente. Esta esperanza se apoya en la oración de Cristo que llamó para conseguir un fruto abundante (*Jn 15,16*) y oró por los que habían de escuchar la predicación (*Jn 17,20*), no obstante los desórdenes de carácter social, económico, inmoralidad de las costumbres, el permisivismo sexual, los atentados contra la integridad de la familia y contra la vida, aún en el seno materno: estos problemas son generados por el divorcio entre la fe y la vida (*SD 24*). Nuestro sistema político y social ha olvidado los reclamos de justicia social porque algunos concentraron la riqueza en pocas manos, dejando a multitudes hambrientas y desposeídas (*SD 161*).

El Reino y las estructuras de pecado

El sacerdote sabe y experimenta que la misión de Cristo se realiza en comunión eclesial. Es su nota característica: sin la comunión, la misión no aparecería como teniendo su origen en Dios Amor. La misión se realiza bajo los signos pobres de Iglesia. En su pobreza resalta la fuerza del Espíritu. Y en esta misma pobreza aparece la cercanía de Dios al hombre concreto que es un ser cargado de limitaciones y pecados.

Nuestra caridad pastoral nos hace concretar servicios muy propios en un mundo marcado por el pecado. En nuestra sociedad se encuentran los pecados personales que en el fondo significan un rechazo a la iniciativa salvífica de Dios y confirma la tentación del hombre de hacerse centro de la realidad. Esta pretendida autosuficiencia «seréis como dioses» (*Gn 3,5*), aleja al hombre y a la mujer de Dios y de sus semejantes; ésta es la causa de los males sociales y de la disminución de la calidad de vida de las personas.

Pero los pecados personales no se limitan a los hechos, generan mentalidades y estructuras que, a su vez, dificultan sobremanera la vivencia de los valores del Reino. El pecado social (*SRS 36*) se revela doblemente nocivo: Por una parte, condiciona «la conducta de los hombres» atrayéndolos al pecado, ya que las estructuras inicuas tienden a producir nuevas injusticias, así como justificaciones teóricas egoístas que tienden a generar actitudes pecaminosas. Las estructuras injustas en América Latina y en México fruto sobre todo «del afán de ganancia exclusiva» y de «sed de poder» (*SRS 37*), hacen inviable en algunos casos la práctica de la justicia.

Por otra parte el «pecado social» mantiene y aumenta la pobreza, la inseguridad, la falta de salud y de trabajo, la coerción a la libertad, en fin, el sufrimiento de grandes mayorías empobrecidas de nuestro continente y de manera especial de nuestra patria mexicana.

El amor fraterno, fuente de solidaridad y lucha por la justicia

La Iglesia ha percibido la obligación de ayudar a los pobres de manera permanente a lo largo de la historia, hasta el punto de considerarla como parte integrante de la Evangelización. En esta acción caritativo-social la Iglesia debe dar prueba de vitalidad y creatividad que han de inspirar toda su acción evangelizadora en el correr de los tiempos, concretando esta acción en una «determinación firme y perseverante de empeñarse por el bien común» (*SRS 38*), en fin, esta virtud cristiana: la corresponsabilidad en Cristo, implica la gratuidad completa, el perdón y la reconciliación (*SRS 40*). La acción del Espíritu de Dios en los sacerdotes y demás cristianos genera libertad (*2 Co 3,17*), benevolencia, bondad, amabilidad; en una palabra: amor (*Ga 5,22*).

Frente a los «rostros muy concretos en los que deberíamos reconocer los rasgos sufrientes de Cristo» (DP 31), el Espíritu lleva a los sacerdotes a la actitud de crítica, a la denuncia profética, a la lucha por la transformación social, a la solidaridad con los marginados. Ponerse del lado de los más pobres y débiles es consecuencia de una auténtica experiencia de Dios, de sentirse alguien totalmente acogido y llamado por Él (Rm 8,39). El compromiso por la justicia aparece entonces como elemento intrínseco al amor cristiano, lo que ya fue afirmado en el A.T. (Jr 22,13; Os 4,1). El mismo Cristo al explicar el precepto del amor fraterno, nos coloca delante de un hombre que ha sufrido injusticia y violencia (Lc 10,25-37).

El Evangelio nos enseña a los sacerdotes que, ante las realidades que vivimos hoy, no se puede amar de veras al hermano y por tanto a Dios, sin comprometerse a nivel personal y en muchos casos, incluso, a nivel de estructuras, con el servicio y la promoción de los grupos humanos de los estratos sociales más desposeídos y humillados (DP 327). Consecuentemente, no existe distancia entre el amor al prójimo y la voluntad de justicia (OA 24).

Justicia, solidaridad y amor

Limitar la salvación cristiana a la erradicación de los males sociales sería reducirla a un proyecto puramente temporal, realización de las limitadas expectativas humanas y consecuencia de medidas sociales, políticas y económicas (EN 32). Sacerdotalmente no debemos olvidar que las condiciones injustas en que viven tantos hermanos nuestros fueron causadas por el hombre mismo, y son fruto del pecado (*Libertatis conscientia* 75). Más aún, la promoción humana no se limita a la abundancia de bienes materiales y tampoco a un ideal de consumo, sino que ha de ser construida con los valores evangélicos de justicia, de solidaridad y de amor. Sólo entonces, las multitudes empobrecidas podrán experimentar una vida digna de seres humanos y de hijos de Dios (SD 26,74).

Justicia teologal transformadora

La naturaleza de la justicia teologal tiene unos rasgos propios, como la concientización de la problemática de injusticia; una opción por la justicia iluminada por la fe; y una finalidad: la transformación de la persona que mejorará las relaciones humanas y sus respectivas estructuras.

La vida teologal convierte la justicia transformadora en justicia cristiana, como una opción y actitud que anima la presencia del cristiano y de la comunidad eclesial en la vida social, económica y política. Con esta plataforma antropológica, el espíritu bíblico-patrístico y la orientación de la Iglesia, se puede perfilar la identidad de la justicia cristiana como una justicia teologal transformadora (DP 33).

El amor preferencial por los pobres es la piedra de toque de la caridad cristiana (Mt 25,31-46). Es una urgencia de amar a nuestro semejante necesitado, no por sus cualidades y bienes, sino sencillamente porque es una persona, cuya dignidad no puede ser destruida por ninguna miseria, desprecio, rechazo o impotencia en que se encuentre. Jesucristo se ha hecho pobre por nosotros (2 Co 8,9).

Criterios para promover la justicia

La visión de la realidad social y eclesial, y la iluminación humana y cristiana, interpelan a todo sacerdote, diocesano o religioso, a las iglesias particulares y nos apremia a un compromiso de solidaridad por el bien de todos los hombres, particularmente de los pobres y marginados (*SRS* 38). A este fin debe llevarse a cabo un nuevo esfuerzo evangelizador en América Latina y en nuestra patria con los siguientes criterios: Concientización ante la gravedad de los problemas de pobreza y marginación sociales, tanto a nivel nacional como internacional. Revisión de la pastoral social o de caridad para valorar lo que se hace, cómo se hace y perspectivas de futuro. Animación de la pastoral de la caridad y la promoción de la justicia en la vida pública. Coordinación de todas las acciones caritativo-sociales.

Propuestas para la promoción de la justicia y la solidaridad

Nuestra sociedad será más justa, fraterna y humana, en la medida en que se practique la justicia y el amor misericordioso (*DM* 14), a partir de la meditación de la Palabra de Dios.

Promover en la acción pastoral el conocimiento de las formas más urgentes de pobreza y marginación, de los procesos sociales que las originan y hacer un discernimiento comunitario a la luz del Evangelio.

Denunciar las condiciones sociales injustas que excluyen a las personas del pleno ejercicio y desarrollo de su dignidad, actuando ante la opinión pública y en los medios de comunicación denunciando situaciones antievangélicas y deshumanizadoras de la vida social.

Anunciar la Buena Nueva del Reino de Dios, creando y fomentando los elementos culturales y las condiciones económicas y sociales que hagan posible que los pobres salgan de su estado de pobreza y exclusión social.

Promover centros de acogida, asistencia y recuperación para personas afectadas por el SIDA y toxicomanías, así como centros de educación en ocio y tiempo libre.

Los sacerdotes queremos mirar a los pobres, fruto de la injusticia humana, con la mirada de Cristo. El servicio a los pobres es una manera de hacer presente a Jesús (...«a mí me lo hicisteis» *Mt* 25,40) y una expresión irrenunciable de la acción evangelizadora de las comunidades cristianas guiadas por el sacerdote; así adquiere pleno sentido la acción caritativa-social de la Iglesia y del sacerdote, instrumento del Buen Pastor.

1. Tomado de Sacerdotes, pp. 31-38.
2. Sacerdote mejicano, de los Misioneros del Espíritu Santo.

Monseñor Fernando Maletti, párroco del Santuario San Cayetano de Liniers, nos ofrece sus reflexiones a partir de su contacto permanente con quienes llegan hasta el santuario, en busca de Pan y Trabajo.

SAN CAYETANO Y LA SITUACIÓN SOCIAL

Monseñor Fernando Maletti

1.- Desde Cáritas y San Cayetano, ¿Cómo se palpa la realidad social actual y la situación de la gente? Y ¿En qué medida la fe ayuda a salir adelante?

Si bien puede parecer que Cáritas y San Cayetano, como lugar de convergencia de lo popular, son una misma realidad que se podría englobar, hay matices que los diferencian. Cáritas, es la organización oficial de la Iglesia, en orden de la caridad, estructurada, organizada, que tiene como presidente en sus niveles, nacional y diocesano, a un obispo.

En cambio San Cayetano es una devoción que tiene una connotación fuerte en la línea del catolicismo social, que ha nacido desde la expresión de la gente.

Así como Cáritas la organizó la Iglesia y le dio su estructura para la asistencia y promoción; San Cayetano nace de la fe de la gente sencilla, que se hace oración, que se hace celebración, que se hace fiesta muchas veces, y que también se hace súplica.. Y como respuestas a estas realidades que ofrece el pueblo al Santo, el Santuario (o sea la estructura) devuelve en servicios sociales o en acción de caridad para distintas situaciones.

La realidad social actual, tanto desde Cáritas, como desde San Cayetano, es obvio, se palpa muy madura. Dura en el sentido pleno de la palabra, porque los demás pobres son los que están sufriendo mas esta situación de inestabilidad, de inseguridad y la gente se siente abandonada, dejada de lado, se siente que nadie se ocupa de ellos, se siente desprotegida.

La fe ciertamente ayuda a seguir adelante, esto lo sabemos los sacerdotes, no solo porque es nuestra “profesión decir esto, sino porque si vivimos medianamente nuestro compromiso-bautismal-sacerdotal, sabemos que no hay otro modo de salir adelante de ninguna citación, excluidos de la fe.

Estamos en un momento muy especial para poder unir la dura realidad social actual, la situación de la gente con el desafío de salir adelante, y esto es el jubileo de año 2000.

Desde un revisarnos, desde un analizar fuerte cuáles han sido nuestras actuaciones, nuestros compromisos, si hemos sido solidarios, se puede también re-formular no solo nuestra fe sino la fe de la gente.

Precisamente para el 7 de agosto de este año 1996 pensamos plantearles a los peregrinos en San Cayetano, a esos hermanos que llegan muchas veces muy heridos por lo duro de la situación que se esta viviendo, presentarles lo del año Jubilar como un encuentro muy grande entre un pueblo y su Dios. Y así como Cáritas es un lugar desde donde se miran, no tanto las causas sino los efectos de la realidad social, y se va a los efectos, (por eso Cáritas no es “Pastoral Social”, es ir allí donde hay una emergencia, donde hay una situación difícil, y acompañar desde la asistencia o desde la promoción), San Cayetano, como realidad de compromiso social desde la fe de la religiosidad popular, es un lugar donde el pueblo y su Dios han elegido para encontrarse, y por eso la gente se está enganchando mucho con la idea del jubileo del año 2000.

La fe ciertamente ayuda a seguir adelante porque lo vemos en el Santuario. Si nunca viéramos a la gente reunida, si nunca viéramos a la gente uniéndose con Dios, un Jubileo

parecería un sueño. Y también parecería una utopía en las circunstancias actuales donde todo esta tan globalizado, pensar que saldríamos adelante.

Por eso cuando, como en el Santuario, se reúne un pueblo en torno a su Dios se amasa una gran esperanza y creo que, en ese sentido y en toda medida, no solo la fe ayuda sino que sin la fe es imposible que, sobretodo aquellos que están más sumergidos por las distintas dificultades o por la injusticia, puedan salir adelante.

2.- Frente a esto ¿Cuáles son las respuestas que la iglesia puede dar y, en ellas, qué tarea nos toca a los sacerdotes?

La Iglesia está dando muchas respuestas a distintos niveles. Ya está dando pistas, yo en eso tengo una mirada positiva y optimista del modo como la Iglesia en la Argentina esta acompañando este proceso. Y esto se palpa especialmente a nivel de la confiabilidad que tienen las estructuras de Iglesia, de caridad y sociales, y también a nivel de muchísimos cristianos que personalmente o en grupos están muy comprometidos con los demás y con la realidad. No hay barrio, no hay realidad dura, no hay hospital o lugar de dolor que no cuente con católicos que estén acompañando las realidades difíciles.

A los sacerdotes, pienso, nos tocan dos cosas en estas respuestas que tenemos que dar. Por un lado, nuestro estilo de vida como cuerpo sacerdotal tiene que ser mucho más sobrio siguiendo los ejemplos de muchos hermanos que ya han tomado en lo personal la línea de testimonio de pobreza, de sobriedad, de simplicidad.

Por otro lado, los sacerdotes que tenemos responsabilidades en conducir instituciones, movimientos, asociaciones, parroquias, debemos dar en lo material y en la respuesta espiritual y de contenidos, una porción de tiempos y calidad mucho mayor a lo social que lo que damos.

Por ejemplo qué importante sería que vayan mas recursos materiales y humanos para los pobres en el sentido amplio de la palabra, y también en ese sentido nos toca la responsabilidad de pensar mejor los criterios con los cuales gastamos la plata, en forma personal e institucional. ¿Cómo manejamos los recursos temporales?

También a los sacerdotes se nos exige que haya una armonía entre lo que predicamos y lo que vivimos y por eso nuestra vida tiene que hacer creíble, nuestra predicación, nuestra homilía, nuestro mensaje, de tal manera que como la Iglesia Pueblo de Dios, donde entramos todos (el Papa, los Obispos, los Sacerdotes, los Consagrados, los institutos seculares, el laicado comprometido y no comprometido) demos una respuesta de mayor unidad mostrando que priorizamos a los pobres.

3.- Ante la creciente demanda de los más afectados por la crisis, los sacerdotes se sienten a menudo abrumados o impotentes. ¿Qué criterios u orientaciones podrías darnos para responder pastoralmente a esta situación?

Hay días y hay períodos de días y hay etapas enteras en que los sacerdotes estamos totalmente vencidos por las distintas situaciones que nos zozobran, y hacemos agua. Diferentes reclamos, pedidos de ayudas, de comprometernos y hasta a veces de jugarnos ante situaciones, nos hace sentir impotentes y por otro lado nos abruma.

Yo diría que nuestra situación como sacerdotes es la de ser Cristo en medio de nuestro pueblo. Somos otros Cristo y por eso, creo que tenemos que movernos con los criterios, en primer lugar, de que haría Cristo en nuestro lugar, qué pensaría, como hablaría,

cuándo haría silencio, cuándo se comprometería. Bien sabemos que Cristo no resolvió todos los problemas que se le presentaron, pero sí, en algunos, el modo de resolverlos mostró a sus seguidores cuál era el camino que había que seguir.

Por eso, creo que tendría que haber tres criterios u orientaciones fundamentales para que nosotros los sacerdotes nos podamos mover:

El primero es nuestra vida de oración, nuestra vida interior, como sacerdotes y desde nuestra especificidad, desde nuestra identidad como presbíteros, que no tenemos en las manos los medios ni la técnica para resolver todas las situaciones, para acompañar problemas. Nuestra vida de oración es clave, nuestra vida de oración sacerdotal. Por eso es muy importante, constantemente, llevar a nuestro encuentro con el señor los problemas que vamos recibiendo a lo largo de nuestras jornadas; si no es imposible no quebrarnos y quebrarnos puede ser quebrarnos literalmente o dejarnos encandilar por actitudes o estilos que no son específicamente sacerdotales. Por eso lo primero es la oración, pero la oración así, concreta, ferviente, ardiente, donde nos pongamos realmente en las manos del señor, porque somos intercesores, somos puente entre nuestro pueblo, entre nuestra gente y el señor, somos Cristo, somos mediadores y hay que llevarle al Padre los asuntos de nuestra gente.

Y a su vez creer que esto vale que no solo no es perder el tiempo sino que es lo más importante que podemos hacer como servicio a nuestro pueblo sufrido y sufriente.

El segundo criterio es saber jerarquizar nuestro tiempo en orden a darle mucho más lugar, cronológicamente hablando, a la actividad de escuchar y estar con la gente que a otras cosas que son importantes pero excluyen muchas veces esto y vivimos bicicleteando a aquel que quiere hablar con nosotros, que quiere contarnos su problema, que quiere que lo entendamos y lo escuchemos, que quiere desahogarse. En esto también superar la tentación de ser sociólogos o psicólogos o simplemente consejeros, sino que como sacerdotes tenemos un espacio para la gente que ningún otro puede ocupar: que es el de escuchar a la gente.

Para poder tener bien el oído de la oración en Dios, tenemos que tener nuestro oído en la gente. Y esto no es una frase, sino que en muchísimos casos la experiencia de Cáritas y San Cayetano, personal y de muchos sacerdotes, es que cuando estamos dispuestos a escuchar y a oír, no mirando el reloj, sino con serenidad frente al sujeto o al grupo de personas que nos plantean problemas, ya en el mismo hecho de escucharlos empezó, no la solución, pero sí una respuesta de acogida y un hacer sentir que esta como contenida esa persona o ese grupo, que no están a la deriva, que no están solos en su situación.

Y lo tercero, que me parece muy importante, es la unidad en las respuestas pastorales que debemos dar. Esto es importante porque es tan difícil para los sacerdotes, donde todos somos “jefes”, donde todos somos los que tenemos las “cosas claras”, (dicho esto peyorativamente), y nos olvidamos que es eficaz nuestro ministerio cuando lo hacemos en Iglesia y desde la Iglesia.

Por eso nuestra respuesta es eficaz cuando es eclesial, y esto tiene que estar junto con un compromiso de inserción afectiva y efectiva en la pastoral orgánica de nuestra diócesis, en todas las áreas de la pastoral social o de caridad. Ciertamente tenemos que trabajar en conjunto, sobretodo aquí, en este tema, donde se conjugan muchos aspectos materiales o temporales. La organización, la estructura, hace mucho más eficaz nuestra tarea, nuestra acción.

4.- nuestra espiritualidad de pastores esta alimentada e interpelada por la realidad de los fieles a los que servimos. ¿Qué pistas nos sugerís para trabajar espiritualmente la situación aludida?

Si la pregunta número tres era un poco “ad extra” la respuesta a esta número cuatro es “ad intra”, o sea, nuestro corazón sacerdotal cómo tiene que vivir esta realidad concreta de los fieles a los que servimos.

Tenemos que tener en cuenta que cada persona es un mundo y cada fiel con el que tratamos o cada grupo o cada familia es una realidad distinta de la otra, tiene su propia especificidad. Nuestra espiritualidad tendría que ser: partir desde Cristo. Creo que nosotros estamos consagrados a nuestro pueblo, eso es parte de nuestra identidad sacerdotal, pero no es cualquier consagración: nosotros nos consagramos al “estilo de Cristo”. Por eso nuestra espiritualidad tiene que estar fundamentada en un análisis muy fuerte, muy religioso, muy veraz de cómo se consagró Cristo, cómo Cristo se entregó de tal manera que terminó muriendo por la gente, que terminó muriendo por su pueblo.

Entonces nuestro corazón tiene que estar moldeado de tal manera que, como el trigo bueno, tenga que estar dispuesto a dejarse triturar. No podemos medirnos en nuestra entrega, esto no significa que no tengamos nuestros tiempos, ni tengamos nuestros espacios, (que es parte de la entrega), pero si tenemos que tener conciencia de que nuestra consagración sacerdotal es mucho más que nuestro tiempo, que nuestro corazón, que nuestra inteligencia, que nuestras cualidades, que nuestra palabra. Nuestra espiritualidad tiene que ir en una línea de ratificación de ese compromiso de todo el ser, toda la vida, y por eso, como Cristo, como el Señor, estar dispuestos realmente a morir.

Que importante es que nuestra oración, nuestra lectura espiritual, nuestra profundización de la palabra de Dios y de los escritos eclesiales, nuestras conversaciones en grupos sacerdotales o en equipos sacerdotales, nuestras jornadas espirituales o pastorales, nuestros retiros mensuales y anuales, nos lleven a descubrir que cosas, que realidades, que situaciones, que circunstancias, impiden que nosotros seamos sacerdotes para nuestro pueblo, para nuestra gente. Desde ahí entonces poder, y esto es un trabajo de toda la vida, moldear nuestro corazón.

5.- ¿Considerás que Cáritas, como órgano oficial de la Iglesia para el servicio de los más carenciados, está suficientemente organizada y afianzada en las distintas diócesis del país? ¿En esta organización, hay apoyo de los sacerdotes?

En Cáritas estoy desde hace tres años, concluyo ahora un primer período como vicepresidente de unas Cáritas diocesanas y por lo tanto mi visión es muy parcial porque este tiempo ha sido simplemente de acomodarnos. Hasta entonces las Cáritas que conocía eran las de parroquias en las que fui párroco y mi primer parroquia en la que fui vicario parroquial. Siempre se puede mejorar.

Considero que Cáritas en este momento es muy difícil de ser sustituida por como esta metida en la vida de la Iglesia y en la vida del País. Creo que es fundamental que Cáritas crezca en una organización que sea eficiente y que al mismo tiempo ayude a ese compromiso con los más pobres, débiles y sufrientes. Se ve en las diócesis cómo, cuando se ha dado categoría, importancia y jerarquía, su organización es eficiente, su organización vale. No así cuando simplemente es un sello.

Es muy importante, yo diría casi fundamental en Cáritas la estructura. Así como en muchas cosas decimos: el mínimo de estructura y el máximo de vitalidad; en Cáritas también lo decimos, pero si no está la estructura bien planteada en los diversos planos, nacional, diocesano, parroquial, y en cada voluntariado, pierde muchísimo de lo que es su misión.

Por eso cada Cáritas parroquial y cada Cáritas diocesana debe tener su esquema de trabajo bien planteado, sus áreas bien delimitadas: el área socio pastoral por un lado, el área de administración económica y de emprendimientos por otra, y en el nivel parroquial tener también, inclusive, su propia fuente de recursos, ser autónoma en como lleva su administración, de tal manera que, siendo presidente el párroco, a nivel diocesano siendo presidente el Obispo, la dirección de las Cáritas parroquial, de las Cáritas diocesanas, que está llevada por laicos, pueda tener su maniobrabilidad sin las manos atadas en orden a poder también darle a esos recursos el destino más conveniente.

Estamos hablando de la organización de Cáritas y nosotros los sacerdotes somos muy responsables, somos los máximos responsables (los sacerdotes y los obispos) de que la organización de Cáritas, que tiene la base en su estructura, funcione.

Donde hay apoyo de los sacerdotes, Cáritas funciona, donde no hay apoyo de los sacerdotes, no funciona. El apoyo no es simplemente dejar hacer, es comprometerse y es también darle al área caridad la fuerza que tiene en cuanto a la disponibilidad de tiempo y de recursos de todo tipo. Mi experiencia en una Cáritas diocesana es que hay sacerdotes que no solo apoyan, sino que están muy comprometidos con esta tarea que es parte de nuestro ministerio. En la medida en que se va sumando más gente de todo el pueblo de Dios a los planes de Pastoral orgánica de las distintas diócesis, pienso que la conciencia en esto irá haciéndose más fuerte, y se podrá tener mejor planteada la presencia de los sacerdotes, que es una presencia sobretodo animadora, pero que es insustituible.

La publicación de este número de “Pastores” coincide con el vigésimo aniversario de la muerte de Monseñor Enrique Angelelli. En La Rioja y en otros lugares del país se han organizado distintas celebraciones para hacer memoria de la vida y el ministerio de este venerado pastor. A quienes llevamos adelante esta revista nos ha parecido oportuno transcribir unos breves textos que nos ayuden a recuperar su figura sacerdotal, para dar gracias a Dios por su testimonio y reconocer la fidelidad “hasta el extremo” de Mons. Angelelli.

MONSEÑOR ENRIQUE ANGELELLI

ORACION DE MI SACERDOCIO

Escrita en Roma en octubre de 1974, cuando realizaba la visita “ad limina Apostolorum”, con motivo de sus bodas de plata sacerdotales.

Siento que mi tierra, dolorida y esperanzada, reza y canta
con su historia, vida y mensaje...
peregrina conmigo en mi carne y en mi sangre,
me parece escucharla con su chaya.

En esta Roma, pecadora y fiel
un día floreció en mi una Unción...
“sacerdote para siempre” me dijiste entonces, Señor.

Veinticinco años vividos por esos caminos de Dios,
con mañanas de Pascua y tardes de dolor
con fidelidades de hijo y debilidades de pecador,
con las manos metidas en la tierra del hombre ...
de este pueblo tuyo que me entregaste,
Señor.

Mi vida fue como el arroyo ...
anunciar el aleluya a los pobres,
y pulirse en el interior; canto rodado con el pueblo
y silencios de “encuentros” contigo ... solo... Señor.

Mi vida fue como el sauzal ...
pegadita junto al río
para dar sombra, nomás.

Mi vida fue como el camino ...
pegadita al arenal
para que transite la gente
pensando: hay que seguir andando, nomás.

Mi vida fue como el cardón ...
sacudida por lo vientos y agarrada a Ti, Señor;

vigía en noches de estrellas para susurrarle a cada hombre:
“cuando la vida se esconde entre espinas, siempre florece una flor”.

Mi vida canta hoy dichosa a Ti, Señor ...
Es misterio que se hizo camino
ya andado un buen trecho, Señor ...
Mesa que acoge y celebra los racimos ya maduros
que tu sangre fecundó.
Todo esto soy yo, Señor
un poco de tierra y un Tabor,
veinticinco años de carne unguada
con un cayado, un pueblo y una misión.

Hoy la tumba de Pedro es la mesa
de esta Eucaristía, Señor ...
en mis manos renace, como entonces,
la nueva carne del amor,

Pablo, tu Vicario, me sale al encuentro
como un hermano mayor ...
Me dice al oído: “Hermano
confirmando tu fe y tu misión,
recibe el ósculo de la paz,
y lleva a tu pueblo mi bendición”
y ... mientras se encienden las estrellas ...
allá, lejos, sigue floreciendo el amor.

Por este sacerdocio tuyo,
que es mío y de tu pueblo,
muchas gracias, Señor.

Es hora que me despida de esta Roma que me ungió
con un Credo agradecido a la Iglesia que me engendró ...
y con la esperanza de María,
! hasta La Rioja, Señor!

La Patria está gestando un hijo
con sangre y con dolor ...
Lloran los atardeceres
esperando que el hijo nazca
sin odios y con amor.

Mi tierra está preñada de vida
en esta noche de dolor,
esperando que despunte el alba,
con un hombre nuevo, Señor.

Transcribimos a continuación parte de la homilía pronunciada por Mons. Fabriciano Sigampa, actual obispo de La Rioja, el 4 de febrero del corriente año, en la misa inaugural del Seminario de Formación Teológica celebrado en esa ciudad. Mons. Sigampa, fue ordenado presbítero por Mons. Angelelli y colaboró estrechamente con él en su ministerio episcopal.

HOMILIA DE MONS. FABRICIANO SIGAMPA

“... Hoy recordamos a este hermano nuestro, tercer obispo de La Rioja, Mons. Enrique Angelelli, cuando se cumplen veinte años de su Pascua, de su paso a la casa del Padre.

De sus homilias extraemos tres frases que nos ayudan a delinear su figura de Pastor.

1. **No tengan miedo a meterse en el barro:** no tenemos que hacer barro. El barro ya está hecho y desde hace mucho tiempo. Mons. Enrique nos invita a asumir este compromiso: meternos en las situaciones que afligen y destruyen al hombre creado por Dios con dignidad. Quizás sea el compromiso mayor de los laicos en las tareas temporales. *“Los creyentes tienen la certeza de que la actividad humana individual y colectiva... con la que pretenden mejorar las condiciones de vida ... responden al Plan de Dios. El mensaje cristiano no aparta a los cristianos de la transformación del mundo ni les impulsa a despreocuparse del bien de sus semejantes ...”* (GS 34).

2. Otra frase de Mons. Angelelli muy difundida y no siempre bien interpretada: **Con un oído en el pueblo y otro en el Evangelio.** En primer lugar se trata de escuchar a las personas. Las personas que forman el pueblo de Dios, especialmente los más sencillos. Escucharlas en sus aspiraciones, en sus anhelos, en sus insatisfacciones. La Iglesia hace suyos los problemas del mundo reconociendo a los laicos como fermento para que mediante el ejercicio de su función propia y bajo la guía del espíritu evangélico -igual que la levadura- contribuyan desde dentro a la santificación del mundo. En segundo lugar, es escuchar al Señor: por la fe el hombre se entrega entera y libremente a Dios, le ofrece el homenaje total de su entendimiento y voluntad, asintiendo libremente a los Dios revela (DV 5).

3. Otra frase de Mons. Angelelli que quisiera comentar es: **hay que seguir andando nomás.** Es el dinamismo que el obispo propuso en aquel tiempo posconciliar y evitar instalarnos en el pasado o anclarnos en el presente y no avanzar. Asumiendo el pasado, descubriendo los desafíos del momento, peregrinamos hacia el futuro. Con estas tres frases tuyas podemos, de alguna manera, descubrir su persona, el compromiso y las realidades que definen su pastoral: Dios y el hombre y su dinamismo. No se trata de resucitar el pasado, se trata de construir el futuro con los criterios dados por el Concilio Vaticano II, Medellín, y San Miguel.

Finalmente, nos decía aquel 24 de agosto de 1968, “vengo como Ungido del Espíritu Santo, vengo enviado por Jesucristo y vengo a servir, a pastorear al pueblo de Dios”. Esta es su conciencia de padre y pastor, servidor en medio de los suyos; buen pastor que conoce sus ovejas y que se distingue por el espíritu de amor hecho servicio. Sabía que debe reunir a

su grey de manera que todos, conscientes de sus deberes, vivan y actúen en comunión de amor.

Es la imagen que tengo de aquél que me ordenó sacerdote y a quien hoy sucedo en la sede episcopal ...”

Mons. Carmelo Giaquinta, actual Arzobispo de Resistencia y Presidente de la Comisión Episcopal de Ministerios de la CEA, fue compañero de Mons. Angelelli durante sus años de estudio en Roma. A él le hemos pedido un testimonio para completar este recuerdo.

TESTIMONIO DE UN COMPAÑERO DE ESTUDIOS

De Mons. Angelelli recuerdo los días vividos en Roma, en el Colegio Pio Latinoamericano, allá por el 49 y el 50. Lo llamábamos cariñosamente “el Pelado”. Pero más que la pelada, lo que en él refulgía era la alegría y la bondad; y, por lo mismo, la capacidad de acrecentar el espíritu de comunión entre los compañeros. Lo encontré luego varias veces en Córdoba, cuando él estaba en el Seminario Mayor y yo en el de Buenos Aires. Pero el gran recuerdo que tengo del “Pelado” es de un viaje que hice a La Rioja con el propósito de visitarlo. Tuvo que haber sido en el 68 o poco después. Desde la Pampa de Achala, donde estaba pasando vacaciones, me largué a La Rioja. Y allí Angelelli me invitó a acompañarlo a Villa Unión, a donde debía ir para poner en el cargo al nuevo Párroco. Habré pasado con él apenas cuatro o cinco días. Pero permanecen en mí inolvidables, pues nunca tuve la ocasión de apreciar tan de cerca la obra de Dios en un hombre a quien él toma de entre su pueblo para ponerlo al frente como pastor. Al Pelado, compañero de Roma yo lo quería. Quién no lo querría? Pero no lo admiraba. A un compañero difícilmente se lo admira. En cambio, en esos cuatro días, se me apareció la estampa gigantesca de un pastor que me subyugó. Todo en él era pastoral. La manera de saludar a la gente, de recibirla, de acercarse a ella. Hasta los chistes. Ni que decir la conversación de ida y vuelta a Villa Unión. Realmente, maravillosa la obra de Dios en Mons. Angelelli. Después tuve ocasión de volver a La Rioja, a invitación del mismo, para dictar un curso al clero, y alguna conferencia a los laicos. Habrá sido en los primeros años de los 70. De ese segundo viaje a La Rioja, recuerdo a una persona del auditorio que, como de rebote, me ayudó a apreciar la figura pastoral de Angelelli. Terminada mi conferencia, se me acercó y me invitó a salir de paseo. “Yo soy marxista -me dijo- Bueno... , yo digo que soy ateo. No sé lo que soy. Lo que sé es que amo al hombre”. Me encantó encontrar junto a Mons. Angelelli a este tipo de gente que busca la verdad y sigue el mandamiento de Dios, escrito en el corazón del hombre, de amar al prójimo. Como ven, apenas unos recuerdos furtivos, pero hondos. De la muerte de Mons. Angelelli me enteré de boca de Mons. Kemmerer, en Posadas, a donde había llegado para dictar un curso. La noticia me sacudió interiormente. Si accidente, si atentado ... Confidencias de diverso tipo, a veces contradictorias, recibí al respecto en mi casa de Villa Devoto. Hasta la justicia me consultó sobre lo que yo podría saber sobre el asunto. Pero lo más importante para mí es la certeza de que Angelelli murió a semejanza de Cristo: fiel a los hombres y fiel a Dios. Fiel a los hombres, a todos los hombres, incluso a los que lo hicieron sufrir, y que tal vez lo mataron. Por eso lo imagino, en su muerte, pronunciando las palabras de Jesús en la cruz: “Padre, perdónalos, no saben lo que hacen”. Y fiel a Dios: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”. Mons. Angelelli es, sin duda, una gran figura de pastor, y un símbolo de la reconciliación que Cristo nos vino a traer. El, de los dos pueblos antagónicos, judíos y griegos, hizo uno solo, derribando el muro de enemistad que los separaba. A nosotros, los pastores, nos corresponde reconciliar a los hombres, así nos cueste el martirio cruento de la muerte, o el incruento de la difamación. Yo no dudo en pedir esta gracia para mí por intercesión de su servidor. Para él, le pido a Cristo la corona de la gloria. Para todos pido fe y caridad crecientes.

EJERCICIO DEL MINISTERIO¹

«*Algunas orientaciones para el ejercicio del ministerio al fin del milenio a la luz de las cuatro Constituciones del Concilio Vaticano II*»

P. Andrés Arteaga Manieu²

Ya se han cumplido 30 años de la clausura del Concilio Vaticano II y por lo tanto hay una distancia histórica para una adecuada interpretación. A la luz de la enseñanza conciliar se pueden encontrar valiosas orientaciones para el ejercicio del ministerio sacerdotal en nuestro tiempo. Esta ocasión es una invitación a encontrar en la *renovada lectura* y, más aún, en la *meditación profunda* de la palabra que el Espíritu ha suscitado en la Iglesia con el Concilio, una *fuerza de renovación* para el ministerio presbiteral.

1. El Concilio es un acontecimiento fundamental de la historia de la Iglesia

No se trata solamente de una gran asamblea y significativa, es un acontecimiento fundamental, más allá del siglo, del milenio entero. Íntimamente conectado con el Concilio Vaticano I y con el de Trento, es una respuesta de la Iglesia a los desafíos de los tiempos modernos. Una respuesta mucho más articulada a la Reforma (que planteaba una manera diversa de comprender la Iglesia y la fe); y a la modernidad (caracterizada por una serie de transformaciones culturales y sociales, en gran medida causadas por los avances de la ciencia).

El Vaticano II es un hito fundamental e insoslayable del camino de la Iglesia hacia el tercer milenio: «En este sentido se puede afirmar que *el Concilio Vaticano II constituye un acontecimiento providencial, gracias al cual la Iglesia ha iniciado la preparación próxima del Jubileo del segundo milenio*. Se trata de un Concilio semejante a los anteriores, aunque muy diferente; un Concilio *centrado en el misterio de Cristo y de su Iglesia, y al mismo tiempo abierto al mundo*. Esta apertura ha sido la respuesta evangélica a la reciente evolución del mundo con las desconcertantes experiencias del siglo XX» (TMA 18). Todo el magisterio del Santo Padre de estos últimos 15 años ha consistido en *actuar el Concilio*. Muchas de las actividades y esfuerzos de estos años en la Iglesia universal y latinoamericana han sido realizadas con el objeto de hacer viva y concreta la palabra del Concilio. Las mismas Orientaciones Pastorales para estos próximos 5 años, de la Conferencia Episcopal de Chile, se abren afirmando: «Estas orientaciones, en continuidad con las anteriores, pretenden aplicar de la manera “más fiel posible las enseñanzas del Vaticano II a la vida de cada uno y de toda la Iglesia”, sabiendo que ésta es “la mejor preparación a ese Jubileo”» (OO.PP. 1). Todo el proyecto de *Nueva Evangelización*, propuesto por el Santo Padre para este tiempo, es, en definitiva, un proyecto operativo para actuar el Concilio. Y si es necesario un nuevo ardor, nuevos métodos, nuevas expresiones, ante todo es necesario tener nuevos o *renovados evangelizadores*, entre los que se cuentan especialmente los sacerdotes. Sin ellos esto no será posible, y el camino que el Espíritu ha señalado a la Iglesia será difícil de seguir.

Si nos preguntamos qué intentó hacer el Concilio, hay unos textos muy iluminadores. En el primer texto promulgado del Concilio encontramos un programa que debía guiar el trabajo de los Padres Conciliares: «El sacrosanto Concilio se propone acrecentar cada vez más la vida cristiana entre los fieles, adaptar mejor a las necesidades de nuestro tiempo las

instituciones que están sujetas a cambio, promover cuanto pueda contribuir a la unión de todos los que creen en Cristo y fortalecer lo que sirve para invitar a todos al seno de la Iglesia» (SC 1). No se trata solamente de un ambicioso programa de reforma de la liturgia, sino que es todo un programa de *acción pastoral*. Es lo que pensó hacer el Concilio.

2. La articulación de las Constituciones

No estoy completamente de acuerdo cuando se afirma que el Vaticano II se puede llamar un Concilio eclesiológico y que se articula a partir de la *Lumen Gentium*, que no deja de ser un documento central. Es verdad, pero no *toda* la verdad. El entusiasmo eclesiológico hizo perder de vista muchos de los aportes conciliares. Se habla de Cristo, de la Iglesia y del hombre en el mundo actual. Y todo eso a partir de la *revelación de Dios* que alcanza su cumbre en Jesucristo. En ese sentido el documento teológicamente articulador del Concilio es *Dei Verbum*. Si la Iglesia es sacramento de Cristo, y la luz que irradia no es la propia sino la de Cristo, plenitud de la revelación, que es la luz de los Pueblos (no es la Iglesia la fuente de la luz), la Iglesia tiene una vocación excéntrica, está en el centro pero no es el centro del acontecimiento salvador. La reflexión sobre la revelación ilumina la reflexión eclesiológica.

El texto de *DV 2* es el texto sobre el cual se sostiene todo el edificio conciliar. Se pueden descubrir allí muchos aportes: la dimensión del encuentro personal entre Dios y el hombre, la iniciativa gratuita de Dios, el carácter histórico de la revelación cristiana y su progresivo desarrollo, la centralidad de Cristo, y muchos otros. A partir de allí se integran los documentos sobre la liturgia, la celebración de esta autocomunicación que se ha verificado en Cristo para la salvación, y los demás sobre la Iglesia y su tarea en el mundo.

3. El ministerio sacerdotal para el Concilio

En este proceso de autorreflexión creyente, expresado en Concilio –un movimiento incontenible que nace de la fe y de la conciencia cristiana, animada por el Espíritu Santo– hay unas *exigencias para la vida y el ministerio del sacerdote*. Una posibilidad es tratar lo que directamente dice a los sacerdotes, sobre todo en el conocido decreto *Presbyterorum Ordinis*, sobre la vida y el ministerio de los presbíteros en la Iglesia. Allí hay valiosas y preciosas orientaciones, que han sido especialmente comentadas por la exhortación postsinodal *Pastores Dabo Vobis* y las catequesis de S.S. Juan Pablo II sobre el sacerdocio (entre el 31 de marzo y el 29 de septiembre de 1993). Ya desde el comienzo del decreto (cf. *PO 1*), se manifiesta «la excelencia del orden de los presbíteros en la Iglesia», al cual «se le están asignando funciones de máxima importancia y cada vez más difíciles en la renovación de la Iglesia». Otra posibilidad resulta de buscar orientaciones más generales a la luz de las cuatro grandes Constituciones que, al estar en la base del pensamiento conciliar, son incluso más profundas y en una perspectiva y horizontes más amplios.

Hay cuatro grandes temas que abordan las Constituciones conciliares, a partir de los cuales se pueden leer todos los demás documentos. Ellos son la revelación y el depósito de la fe, la celebración del misterio de la salvación, las diversas funciones y ministerios en la Iglesia –entendida como misterio (sacramento), comunión y misión– y la común vocación a la santidad y a la unidad en su servicio de entregar el Evangelio de Jesucristo e iluminar el mundo actual. De la *Dei Verbum* se destacan el lugar de la Palabra de Dios en la Iglesia y las consecuencias de una *pastoral de la Palabra* (pastoral bíblica, homilética y catequesis).

De la *Sacrosanctum Concilium* se desprende toda una *pastoral litúrgica*. De *Lumen Gentium* la tarea específica del presbítero en el Pueblo de Dios, una *pastoral de la evangelización*. De *Gaudium et Spes* una *pastoral del diálogo*, promoviendo la misión de la Iglesia de animar las estructuras de este mundo, con la esperanza cristiana que libera.

a) Una pastoral de la Palabra: *hablar de Dios*

Las personas y las comunidades son llamadas al encuentro con Cristo por la Palabra. Por intermedio de la Palabra, la Iglesia se evangeliza y evangeliza. Es una Palabra viva que llama, convierte, transforma y envía. Toda la acción pastoral está relacionada con el anuncio, celebración y vivencia del mensaje evangélico. En este sentido, los sacerdotes somos ministros (servidores) de la Palabra, no somos dueños, ni árbitros, sino depositarios y herederos. Esta actitud de humildad ante una Palabra que no es nuestra implica la contemplación y el estudio, una actitud permanente de escucha. Esta capacidad de escucha nos capacita para atender al prójimo y a los acontecimientos iluminándolos con el mensaje evangélico, y también para la donación de sí. Esto supone que el presbítero es un hombre de oración.

Todo el último capítulo de la *Dei Verbum* nos habla de la Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia y, en un número final (*DV 25*), nos invita a sumergirnos en las Escrituras por medio de la lectura asidua y del estudio diligente. ¿Cuántas consecuencias se pueden sacar de allí? La oración, la lectura, la predicación y la catequesis deben nutrirse más de la Palabra de Dios. Necesitamos *hablar de Dios*, es lo que nuestro mundo necesita. Si no lo hacemos nosotros, no lo hará nadie. Pienso que dos aspectos son fundamentales en esto: la *Liturgia de las Horas*, especialmente el cuidado en el Oficio de Lecturas, y la *homilía*, que deben ser extremadamente cuidadas. Pueden ser de gran ayuda para desempeñar la primera función que nos corresponde: el *anuncio de la Palabra* (*CIC 1564*).

b) Una pastoral litúrgica: *celebrar el misterio de la salvación*

Entre los aportes del *Sacrosanctum Concilium*, está el destacar la actualización del misterio pascual en la liturgia, cumbre y fuente de la vida de la Iglesia. Si bien no agota la vida de la Iglesia, es un aspecto articulador que puede orientar la distribución de nuestro tiempo y energías. También el Concilio ha destacado el lugar que a la Palabra de Dios, le corresponde en la liturgia, y que en la liturgia se manifiesta la Iglesia a sí misma como es. Allí, el misterio de la Iglesia es anunciado, gustado y vivido. «Si la reforma de la Liturgia querida por el Concilio Vaticano II puede considerarse ya realizada, en cambio, la pastoral litúrgica constituye un objetivo permanente para sacar cada vez más abundantemente de la riqueza de la liturgia aquella fuerza vital que de Cristo se difunde a los miembros de su Cuerpo que es la Iglesia» (*VQA 10*). De allí la importancia de nuestra formación litúrgica, de los pastores y los fieles, la legítima adaptación de la liturgia a las diferentes situaciones culturales y la evangelización de la religiosidad popular. Se ejerce el ministerio de la santificación del pueblo cristiano especialmente encomendada a los sacerdotes principalmente mediante el ministerio del culto y de los sacramentos. Un lugar especial debe ser el de la celebración de la Eucaristía, donde debemos enseñar a todos a celebrar. «El presbítero alcanza en la Eucaristía el punto culminante de su ministerio» (S.S. Juan Pablo II, *Catequesis* del 12.05.1993). Por otra parte, la renovación de la moral cristiana implica no sólo un adoctrinamiento sino la integración de la fe y la vida; y en esto la liturgia tiene un papel fundamental. Entre la profesión de fe y la vida en Cristo, está necesariamente la liturgia (cf. estructura del *CEC*). La liturgia no es sólo culto, obra del hombre, nuestros ritos; sino primeramente acción de gratuita de Dios que llama y salva al hombre: *obra de salvación de Dios*.

c) Una pastoral de la evangelización: *más que eclesiásticos, hombres eclesiales*

Uno de los aportes más valiosos del Concilio es la renovada imagen de Iglesia, servidora de la Palabra y del mundo con la fuerza y la luz de Cristo. Allí ejercitamos el ministerio pastoral, que ante todo es *servicio* a la unidad, a la unidad de todos en Cristo. La autoridad está conferida para cumplir la responsabilidad de conducir a la comunidad hacia su pleno desarrollo de la vida espiritual y eclesial. Eso invita a animar el desarrollo armonioso de la comunidad y de sus carismas según las necesidades de cada uno y del todo. No solamente hay que reconocer, sino también *promover* la dignidad y la participación de los laicos en la Iglesia. Cada uno tiene un aporte que hacer a la comunidad. Aquí se insertan, también, las relaciones con los demás sacerdotes, fundamentadas en una *fraternidad sacramental*, y con el Obispo, que debe ser de *comunión jerárquica*. El ministerio se comprende como colaboración con el del Obispo en la caridad y la obediencia.

Creo que son múltiples los aspectos iluminados por *Lumen Gentium* y una concepción de la Iglesia como sacramento: misterio, comunión y misión. Nos invitan a trabajar por una Iglesia más centrada en Cristo y transparente al misterio de Dios que ha entrado en la historia, más fraterna y más misionera también, que no se busca ni se sirve a sí misma. Que su gozo y alegría es el anuncio del Evangelio, y que es la primera en reconocer la necesidad de ser evangelizada.

d) Una pastoral del diálogo: *hablar a los hombres y mujeres de nuestro tiempo*

Hay que hablar de Dios, celebrar el misterio, dar testimonio de una Iglesia que es sacramento, signo e instrumento de la unión de los hombres con Dios y de los hombres entre sí. Pero en *este tiempo*, ante los problemas y situaciones de *nuestra cultura*, en un lenguaje que sea comprensible y significativo para todos. Debemos preocuparnos por los caminos que recorre hoy la humanidad, nada es ajeno para los discípulos de Cristo. «Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón... La Iglesia por ello se siente íntima y realmente solidaria del género humano y de su historia» (GS 1). Especialmente importante es para *Gaudium et Spes* la iluminación de la naturaleza, vocación y trabajo de la persona y de la comunidad humana a la luz de Cristo. El respeto por la legítima autonomía de las realidades temporales nos lleva a ubicarnos en nuestro aporte específico y humilde. Debemos ayudar a todos a hacer las *verdaderas preguntas* sobre su existencia y acompañar, con las fuentes de la revelación, en la búsqueda del sentido y de las respuestas a lo que más inquieta a las personas de nuestro tiempo (cf. GS 10).

No se trata de dar soluciones a todo ni tener recetas para todo, sino ser testigos de la apertura de lo humano hacia Dios. Que el *éxodo* humano se encuentra con el *adviento* divino. Que el futuro no está cerrado. Que es posible para Dios lo que para la razón no es posible, en todos y cada uno de los terrenos de la vida humana. Aquí el presbítero debe ser el hombre de la *caridad*, cercano a los suyos como su pastor y encontrar en ella, en la *caridad pastoral*, el principio unificador de la propia existencia. Al respecto, también el Concilio recuerda:

«Siendo en el mundo moderno tantas las tareas que deben afrontar los hombres y tanta la diversidad de los problemas que los angustian y que muchas veces tienen que resolver precipitadamente, no es raro que se vean en peligro de dispersión. Y los presbíteros,

sobrecargados y agitados por las muchas obligaciones de su ministerio, no pueden pensar sin angustia cómo lograr la unidad de su vida interior con la magnitud de la acción exterior. Esta unidad de vida no la pueden conseguir ni el orden meramente externo de la obra del ministerio ni la sola práctica de los ejercicios de piedad, aunque la ayudan mucho. La pueden organizar, en cambio, los presbíteros imitando en el cumplimiento de su ministerio el ejemplo de Cristo Señor, cuyo alimento era cumplir la voluntad de Aquel que lo envió a completar su obra» (PO 14).

4. Conclusión

Al terminar estoy consciente de dejar muchas cosas sin tratar. Me interesa animar a la *lectura y contemplación* de los textos del Concilio, que pueden ser una fuente de orientación para la realización del ministerio sacerdotal en este fin del milenio. Tenemos grandes desafíos, pero no podemos decir que estamos desorientados. El Concilio invita a los sacerdotes a hablar más de Dios, a celebrar el misterio de la salvación, a hacerlo todo con espíritu eclesial y a hablar el lenguaje de los hombres y mujeres de nuestro tiempo, sobre todo el de la caridad. Y en esta perspectiva se pueden comprender mejor los textos específicos sobre la tarea del sacerdote en la Iglesia hoy. El Espíritu suscitará fuerzas y caminos concretos en el quehacer pastoral de nuestra Iglesia.

De la Virgen María, Madre de la Iglesia y de los sacerdotes, habló especialmente el Concilio. Ella como nadie guardó la palabra en su corazón y la puso en práctica, orientó su vida a Cristo y a celebrar vitalmente sus misterios. Su vida fue una ofrenda permanente, de la peregrinación en la fe. También estuvo atenta a las necesidades de los demás y al servicio de la Iglesia. Ella es maestra del adviento, y el Concilio es el umbral del adviento de una renovada visita del Señor en esta nueva etapa de la historia. Como nadie, ella nos puede ayudar a hacer de la Iglesia, con la fuerza del Espíritu que todo lo vivifica y transforma (suave pero eficazmente), un «recinto de verdad y de amor, de libertad, de justicia y de paz, para que todos encuentren en ella un motivo para seguir esperando» (*Liturgia*, Plegaria Eucarística Vb).

1. Tomado de la Revista Católica, pp. 97 a 103.

2. Director de Estudios y Profesor en el Seminario Pontificio Mayor de Santiago, Chile.

LA IMAGEN DEL SACERDOTE EN LOS MEDIOS DE COMUNICACION SOCIAL

Alfonso Crespo Hidalgo¹

«También el mundo de los *mass-media*, como consecuencia del acelerado desarrollo innovador y del influjo, a la vez planetario y capilar, sobre la formación de la mentalidad y de las costumbres, representa una nueva frontera de la misión de la Iglesia. [...] En todos los caminos del mundo, también en aquellos principales de la prensa, del cine, de la radio, de la televisión y del teatro, debe ser anunciado el evangelio que salva». (*Christifideles laici*, 44).

No es, pues, algo simplemente ocasional hablar de sacerdote y *mass-media*. El evangelio es «Buena Noticia» y el sacerdote su mensajero. Los *mass-media* son los caminos que debe recorrer el mensajero para llevar la noticia, los nuevos «areópagos» en los que tiene que ser anunciado tanto el «Dios desconocido» para muchos como el «Dios olvidado» por una gran masa. Ellos son nuevos púlpitos para la «nueva evangelización» de la sociedad que encara el Tercer Milenio: «Como afirma la Encíclica *Redemptoris missio*, se repite en el mundo la situación del Areópago de Atenas, donde habló San Pablo. Hoy son muchos los “aerópagos”, y bastante diversos: son los grandes campos de la civilización contemporánea y de la cultura, de la política y de la economía. Cuanto más se aleja el Occidente de las raíces cristianas, más se convierte en terreno de misión, en la forma de variados “aerópagos”» (*Tertio Millennio Adveniente*, 57).

Pero si algo es difícil de simplificar o unificar es precisamente el mundo de los *mass-media*. Su pluralidad y diversidad están sujetas a factores tan diversos de tipo político y socioeconómico, que exige un estudio más exhaustivo. Simplemente pretendo provocar la inquietud de este foro privilegiado que estimule el interés por los *mass-media*.

Procederé como sigue: primero, mostraré un «retrato de familia», un álbum de fotografías de la realidad (muy condicionado por el ámbito occidental y, en concreto, español); segundo, insinuaré unas claves de interpretación de las fotografías presentadas (comunes a muchos fenómenos eclesiales); tercero, dibujaré algunas pistas de actuación que orienten una nueva fotografía. (Como objetivo implícito, simplemente llamar la atención acerca de la importancia que para la acción evangelizadora tiene la «imagen del sacerdote» que se traduce en los *mass-media*).

1. Retrato de familia

En general, podemos decir que el clero ha dejado de ser en buena medida un tema del que se ocupen los *mass-media*. Normalmente, sólo aparecen en ellos cuando alguno de sus miembros más significativos protagoniza algún suceso extraordinario: la importancia de un viaje papal, la ocasionalidad de una mediación eclesial en un conflicto, o la noticia escandalosa. Podemos abrir un álbum con las siguientes fotografías:

a) *Fotografías favorables:*

- La imagen del Santo Padre congregando a jóvenes o viajando a diversos lugares del mundo, y encontrándose con masas de cristianos y dirigentes políticos.

¹ El autor es sacerdote de la Diócesis de Zamora, España.

- También la figura del Papa o de algún enviado papal, como mensajeros de paz o mediadores en conflictos bélicos o situaciones políticas difíciles.
- La imagen del sacerdote, religioso/a comprometido en el ámbito de lo social: Tercer Mundo, minorías étnicas, catástrofes, pobreza en general, enfermedades límite (SIDA y drogadicción)...

Con frecuencia, incluso en este tipo de trato favorable, se procura esconder las motivaciones «espirituales profundas»: se resalta la capacidad de convocatoria del Papa, pero en la misma presentación de la motivación del encuentro a veces se «manipula» la fotografía con mensajes como «show», «emotividad fácil»; y también se reduce la caridad a simple filantropía, escondiendo la opción religiosa de base, colocando la actividad de la Iglesia a la altura de cualquier ONG.

b) Fotografías desfavorables:

- Imagen «reduccionista» del sacerdote/religioso como representante de la Iglesia «institución»: se le muestra como un funcionario más de una institución, que va perdiendo su incidencia social, a la que se analiza simplemente con claves sociológicas: se les da el título de «dirigentes» (Papa, Obispos), se analiza su actuación en claves de ideología de poder (conservadurismo-progresismo), se reduce su mensaje a una «ética trasnochada y poco tolerante», desprovista de cualquier motivación espiritual (se le acusa de ser representante de una mentalidad machista y de una ética personal represiva, especialmente referida a la homosexualidad y al aborto).

Existe una cierta obsesión por la vida celibataria del sacerdote, poniendo en entredicho su viabilidad, con noticias frecuentes de «pecados públicos» y la presencia de sacerdotes secularizados, reivindicando su «status» sacerdotal. El sacerdote es presentado como un «profesional» en declive.

- Imagen «frívola»: son relativamente frecuentes clérigos como protagonistas de anuncios de TV, en los que se ridiculiza su imagen. También ocasionalmente como protagonista de series televisivas: se presenta o bien como un «sacerdote un poco heterodoxo», que triunfa humanamente y se hace simpático porque rompe la norma de lo «institucional», o bien como actor de una biografía en la que se narran tan sólo aspectos escabrosos, casi siempre referidos a temas relacionados con el sexo. En el cine, aparece esporádicamente, más en el ámbito de la cultura norteamericana, y simplemente como figura que desarrolla un rol determinado (exorcista, formador de un colegio, encargado de una función social...). Igualmente ocurre con diversas publicaciones recientes, en las que el tema de fondo de algunos libros –de gran tirada– ha sido la vida sexual del clero, incidiendo en los pecados y elevando lo «accidental» a categoría de norma.

- Imagen «ridícula»: en ocasiones es el mismo clero (Obispos y sacerdotes) quienes se ponen en evidencia, causando una penosa impresión. El lenguaje audiovisual no ha sido asimilado por la mayoría del clero: hemos sido educados para hablar ante un público que no responde o lo hace desde el silencio interior (homilía, conferencias, charlas...), pero el lenguaje de la entrevista, de las mesas redondas, del artículo de periódico... no es generalmente desconocido. El mismo lenguaje de algunos documentos episcopales podrían hacerse más asimilable sin perder su rango teológico. (Falta la adecuada preparación técnica).

c) Fotografía «aún por revelar»:

El sacerdote, en su genuino ser e identidad, como vocación ministerial en la Iglesia, con funciones de evangelización-misión, celebración de los sacramentos, guía de la comunidad, «no es noticia» en un mundo secularizado, no les vale como imagen de noticia a los responsables de los MMCS.

Tenemos que remontarnos hoy a los años 60 para vibrar con la figura del sacerdote «mártir del secreto de confesión», o sentirnos todos cura de aldea y exclamar «todo es gracia».

2. Claves de lectura de las fotografías mostradas

El marco interpretativo de las fotografías presentadas es la «modernidad y la secularización de la sociedad».

a) Indicadores de la «modernidad» que inciden especialmente en los mass-media:

- La racionalidad científico-técnica se ha erigido en la forma primordial de racionalidad, imponiendo un estilo de vida sin horizonte de trascendencia, instalado en la contingencia de cada día, sin otro atractivo ni valores que la felicidad inmediata, basada primordialmente en la posesión y disfrute de bienes materiales.

* En este ámbito no cabe la imagen de un «predicador de la trascendencia».

- El pluralismo ideológico y religioso ha provocado un río de corrientes y posturas ante la pregunta por el sentido de la vida. Y ante tantas visiones divergentes que se ofrecen con pretensión de verdad, existe el riesgo de relativizar el valor de todas ellas. El indiferentismo resultante es un caldo de cultivo, no para una opción radical creyente «diversificada» sino para la indiferencia ante toda opción².

* En este coro no se valora la voz que anuncia «el esplendor de la verdad y una normatividad ética coherente». O si se le presenta, se le caricaturiza de «predicador trasnochado» (p.e. recepción de los últimos documentos pontificios).

- El nuevo maquiavelismo político, también se ha trasladado a los *mass-media*. Existe una mentalidad de uso y abuso de los *mass-media*, «justificando cualquier medio para alcanzar fines determinados» y que responden a intereses políticos o económicos de partidos o grupos de poder: los medios de comunicación social que, en muchos aspectos, están desempeñando un papel beneficioso en orden a una sociedad políticamente libre y moralmente sana con informaciones y juicios objetivos y con denuncia de los abusos del poder y de la corrupción imperante, no responden con frecuencia a las exigencias éticas que les son propias. La explotación sistemática del escándalo por parte de algunos, la violación de la intimidad de las personas, la conversión del rumor no verificado en noticia, o el halago sumiso e interesado a los poderes son, a la vez, reflejo y causa de un deterioro moral que alcanza a los *mass-media*. La manipulación, deformación y distorsión son sinónimos al servicio de oscuros intereses.

² “En los últimos tiempos, los medios de comunicación social han fomentado, por ejemplo, mediante mesas redondas, entrevistas y otras formas, la confrontación buscada por sí misma de las más diversas posiciones en todos los asuntos más fundamentales de la vida y han puesto de relieve casi exclusivamente la pluralidad y el conflicto de opiniones sin ofrecer en la gran parte de los casos una respuesta a los muy importantes temas tratados, o por lo menos, un esfuerzo para aproximarse a ella. Con ello, han contribuido, seguramente sin pretenderlo, a favorecer uno de los peores males de la conciencia humana contemporánea: la anomia, el escepticismo ante la verdad y la desesperanza de encontrar un camino hacia ella” (Conferencia Episcopal Española, La verdad los hará libres. Instrucción Pastoral, 1990, n. 16)

* En este foro de intereses no se acepta «la denuncia del profeta», y si se le da volumen se le distorsiona, presentándolo bien como expresión de un sano humanismo, o como algo anecdótico de una persona «privada», al margen y –a veces en contra– de la Iglesia «oficial».

- El desplazamiento de lo religioso a la esfera de lo privado: este intento de «privatizar el cristianismo y su consiguiente reducción a la esfera privada del individuo» quiere imponer un «cristianismo de sacristía», rompiendo el binomio «interioridad-compromiso» y reduciendo el segundo a la esfera de «lo social desprovisto de alma».

* Así, la imagen «real» del sacerdote, pretendidamente, o bien no se trasluce, o bien se expresa en contadas ocasiones de forma dicotómica: o el «sacerdote celebrante» separado del compromiso, o el «sacerdote comprometido» que no trasluce el misterio de la celebración. Y la misma labor social de la Iglesia es silenciada o contrapuesta a otras dimensiones de la Iglesia presentadas de forma manipulada.

b) Consecuencias de la modernización: secularismo y crisis de identidad sacerdotal

- La ambivalencia del término secularidad ha terminado por primar en su dimensión negativa, en lo referente a los *mass-media*. La positiva «desacralización de la sociedad» ha terminado en un «secularismo» bien arropado y militante. El secularismo es un fenómeno complejo, que se describía así en la Relación final del Sínodo Extraordinario de los Obispos de 1985: «*es una visión autonomista del hombre y del mundo, que prescinde de la dimensión del misterio, lo descuida e incluso lo niega. Este inmanentismo es una reducción de la visión integral del hombre, que no lleva a su verdadera liberación, sino a una nueva idolatría, a la esclavitud bajo ideologías, a la vida en estructuras de este mundo estrechas y permanentemente opresivas*» (SÍNODO EXTRAORDINARIO DE LOS OBISPOS, *Relación Final*, II.A.1).

El fenómeno de la secularización³, en el ámbito occidental sobre todo, se ha convertido en una seudoreligión. Y como idolatría, el secularismo ha engendrado sus «sacerdotes»: el sociólogo, el psicólogo, el periodista, el entrevistador televisivo de gran audiencia, el columnista de crédito, el «manager» (el yupi) creándose toda una «liturgia» armonizada desde los *mass-media*, donde no tiene cabida la auténtica religión y sus ministros.

- Junto a ello, hemos vivido una crisis de identidad del sacerdote, que le ha hecho perderse en falsos roles que han distorsionado su imagen. Y todavía hoy, sería difícil para muchos cristianos responder a la pregunta existencial ¿qué es un sacerdote?, quizás traducida en clave moderna ¿para qué sirve un sacerdote?

La misma crisis, ha hecho que muchos sacerdotes se refugien en exclusiva en la calma del templo y rehuyan la intemperie de la secularidad donde se instalan como nuevos dioses los *mass-media*. Y existe un cierto miedo y recelo ante ellos.

También es un hecho constatable la desaparición de sacerdotes profesionales de los *mass-media*, sacerdotes de cierta garra y prestigio. Y quizás hoy existen, pero habría que preguntarse si al anterior «sacerdote-periodista» ha sustituido el «periodista-sacerdote». En

³ El fenómeno de la secularización tiene al menos dos aspectos: la “desconexión de la sociedad frente a lo religioso” (declive de la religión en la sociedad que se constituye a sí misma en sociedad autónoma en lo referente a estructuras y orientaciones, recluyendo el influjo de la religión a la esfera privada) y la “trasposición antropológica de creencias e instituciones religiosas” (conocimientos, reglas de conducta e instituciones que en otro tiempo fueron comprendidas como fundadas en lo divino, ahora son interpretadas como fenómenos de creación y responsabilidad puramente humanas).

el primer binomio la identidad sacerdotal se traslucía en señas de identificación para el público, en el segundo la identidad es camuflada.

Por tanto, en general, podemos decir que nos ha faltado una «imagen clara que traducir a los *mass-media*», y cuando se ha dado una presencia real de sacerdotes en los *mass-media* no siempre ha sido con eficacia auténticamente evangelizadora.

Excluimos los *mass-media*, de titulación eclesíastica, que necesitarían un análisis aparte, pero que en principio tienen una incidencia general reducida.

3. Pistas de actuación que orientan una «nueva fotografía»

Una premisa: los *mass-media* son hoy una realidad incontestable. No cabe ante ellos una postura de absoluta desconfianza o recelo, de condena intransigente o de ignorancia sistemática. Los *mass-media* son una de las fuerzas que dirigen el mundo, o si se quiere «los sentidos que captan y emiten» las coordenadas por las que el mundo vive. La evangelización no puede perder esta «onda». Los *mass-media* hoy condicionan la marcha del mundo. Y el anuncio del evangelio tiene que adaptarse también a este ritmo.

Señalamos algunos perfiles de una fotografía que componga una «imagen del sacerdote» que hoy sea evangelizadora desde los *mass-media*:

- Pasar de la fe vergonzante a una fe confesante: explícita y desacomplejada confesión creyente, desde la sencillez de la exposición de la propia vivencia sacerdotal.
- La articulación armónica, siempre en tensión e inacabada, de las dimensiones contemplativa, teológica y transformadora de la fe.
- Una asunción crítica de la modernidad: un diálogo crítico, descubriendo sus engaños y potenciando sus valores. Sin condenar antes de emitir juicio.
- Romper la dicotomía de la disociación: necesidad de la integración creativa de binomios como contemplación-compromiso, Cristo-Iglesia, sacerdote-Iglesia.
- Manifestación festiva de la pertenencia a la Iglesia: gozosa vida eclesial.
- Una preparación adecuada: estudio del nuevo lenguaje en los Seminarios y en la Formación Permanente del clero. Especialmente para aquellas personas que por cargo tienen mayor posibilidad de presencia en los *mass-media*.
- Un necesario juego de estrategias: hay que contar en los planes pastorales, en los proyectos evangelizadores con los *mass-media*. Debe tener la Iglesia influencia por la vía de la «mediación» o de la «presencia» en los media. Hay que incidir, más que hasta ahora en la presencia de los laicos en estos medios, y potenciar la presencia concreta de sacerdotes bien equipados.

Los *mass-media* son hoy los vehículos posibles que nos acercan a la nueva «diáspora», nunca más plural y compleja. Somos portadores de un «Mensaje valioso»; el problema ahora es «un problema de comunicación». Y quizás, por qué no, también de valentía: hoy más que nunca, a los sacerdotes que encaramos el Tercer Milenio, hay que recordar la exhortación paulina a Timoteo: «Atrévete a dar la cara por el Señor» (2Tm 1,8).

CRECER COMO PERSONAS PARA SERVIR COMO PASTORES¹

Juan María Uriarte²

INTRODUCCIÓN

Queridos amigos obispos y presbíteros:

El adecuado tratamiento del tema enunciado postula unas observaciones preliminares que esclarezcan los presupuestos, el hilo conductor y el enfoque de mi exposición.

1ª.- Una formación humana para pastores

Una misma persona puede crecer en muchas direcciones diferentes. Pero si quiere dar unidad y fecundidad a su vida, debe elegir entre ellas. Debe escoger **un eje** para su crecimiento. Este eje marca la dirección, selecciona las áreas de desarrollo preferente, estimula y focaliza las energías vitales de la persona y confiere a ésta un estilo inconfundible.

En la vida del presbítero el eje es su misión de pastor³. En consecuencia, la opción principal que orienta y motiva su crecimiento humano es la opción de ser pastor de la comunidad cristiana. El título de la conferencia quiere expresar gráficamente este pensamiento. Se trata de «crecer como personas para servir como pastores».

Naturalmente, también otros motivos legítimos estimulan al sacerdote a crecer en su dimensión humana y le orientan a abrir cauces diferentes a su crecimiento. Pero tales motivos y cauces no pueden ser los principales y tienen que ser coherentes con la opción principal. En todo caso no son estos últimos el objeto de la atención de P.D.V., ni, consiguientemente, el de mi ponencia.

2ª.- Una formación humana «en positivo»

El crecimiento de una persona no es, como el de una planta, un simple despliegue de sus potencialidades internas condicionadas favorable o desfavorablemente por las circunstancias externas. El hombre lleva **dentro de sí** posibilidades y riesgos. Tiende a formarse; pero puede deformarse. Tiende a realizarse, pero puede malograrse.

Esta posibilidad real, que se actualiza con frecuencia, induce a algunos especialistas a dibujar cuadros de nuestro clero que subrayan más las dificultades que las posibilidades, la patología que la normalidad. A menudo extienden a la mayoría del presbiterio los rasgos problemáticos que pertenecen a la minoría. Evitar la patología parecería ser para ellos no ya **un** objetivo más, sino un objetivo más, sino un objetivo **principal** de la formación humana de los presbíteros. Tal parece ser en nuestros días el enfoque de DREWERMANN⁴.

No va a ser este mi proceder. Ni la teoría antropológica ni los hechos de la experiencia recomiendan este enfoque. La teoría nos dice que la tendencia a realizarse es más básica que la posibilidad de malograrse. La experiencia nos dice que una gran parte del clero goza de buena salud física, psicológica y social.

En consecuencia, de la mano de P.D.V., intentaré acercarme a las situaciones internas y externas en las que se desenvuelve su vida y ministerio. Descubriré las posibilidades y las dificultades que tales situaciones presentan al crecimiento humano del presbítero. Apuntaré los apoyos formativos necesarios para enriquecer las posibilidades y neutralizar las dificultades.

3ª.- Una formación para adultos

La Formación Permanente es, en todas sus dimensiones, una formación de adultos. Esta característica marca los objetivos y los métodos de la tarea formativa. Teóricamente la madurez humana fundamental se supone cubierta en el adulto. En consecuencia, el objetivo de la formación sería «mantenerse en forma» y enriquecerse más. En la práctica, toda formación de adultos que se precie debe estar también atenta a las deficiencias padecidas en el proceso de maduración y a las eventuales regresiones en el curso de la vida adulta.

El método con los adultos debe ser con frecuencia más flexible y menos directivo. Se ocupa más de acompañarle en su aprendizaje que de enseñarle. El sacerdote es el primer responsable de su propia formación humana⁵.

4ª.- Tres capítulos articulados entre sí

La exposición procede por estos pasos. Recoge en la primera parte de las indicaciones de P.D.V. relativas a la formación humana de los presbíteros. Analiza en la segunda parte tres rasgos de la existencia presbiteral que le ofrecen especiales posibilidades y riesgos para su crecimiento humano. Se aproxima en la tercera a cada una de las fases de la vida presbiteral para subrayar algunas de sus potencialidades y dificultades y sugerir algunas intervenciones formativas.

I.LA PROPUESTA DE P.D.V.6

1.- El texto fundamental

P.D.V. consagra los tres primeros párrafos del nº 72 a la formación humana de los presbíteros. Leamos el texto fundamental:

En el trato con los hombres y en la vida de cada día, el sacerdote debe acrecentar y profundizar aquella sensibilidad humana que le permite comprender las necesidades y acoger los ruegos, intuir las preguntas no expresadas, compartir las esperanzas y expectativas, las alegrías y los trabajos de la vida ordinaria; ser capaz de encontrar a todos y dialogar con todos. Sobre todo conociendo y compartiendo, es decir, haciendo propia, la experiencia humana del dolor en sus múltiples manifestaciones, desde la indigencia a la enfermedad, de la marginación a la ignorancia, a la soledad, a las pobreza materiales y morales, el sacerdote enriquece su propia humanidad y la hace más auténtica y transparente en un creciente y apasionado amor al hombre⁷.

Entre las muchas dimensiones humanas que necesitan y merecen ser cultivadas por el presbítero, P.D.V. selecciona la **sensibilidad humana** y la describe desgranando sus características principales. Podemos fácilmente agrupar toda esta constelación de características en torno a tres polos: con-prender, con-sentir, con-partir. En otras palabras, el Papa invita a los presbíteros a crecer en **sintonía mental, vital y práctica** con los hombres y mujeres a los que ha de servir.

a) la sintonía **mental** (con-prender) entraña una intuición del mundo interior de la situación de las personas, de sus aspiraciones implícitas, de sus inseguridades y temores, de sus flancos abiertos y de sus vetas cerradas a la fe. En palabras del Papa: «Intuir las preguntas no expresadas; ser capaz de encontrar a todos».

La intuición no es nunca fruto natural y espontáneo del aprendizaje. «No es hija del discurso, pero tampoco descende sobre los negligentes» (Balmes). Puede y debe afinarse y aquilatarse en el aprendizaje. Las ciencias humanas de la psicología y la sociología aportan a nuestra capacidad básica un valioso complemento teórico y práctico. La formación recibida es deficitaria en estos aspectos. Pasados los tiempos de la sobreestima acomplejada

y del rechazo desconfiado de las ciencias humanas, la Formación Permanente arbitrada por las diócesis debería brindar a los sacerdotes conocimiento cabal de los principales dinamismos del psiquismo humano, análisis sociales rigurosos y acceso a unas técnicas para comprender y mejorar las relaciones interpersonales.

La sola sintonía mental podría engendrar analistas objetivos, pero fríos. No basta estar frente a frente con las personas. Hay que saber situarse a su lado. La sintonía **vital** consiste en la comunión afectiva con las personas y los grupos. La palabra técnica para expresarla es «empatía». Es la capacidad de «sentir con otros», de dejarse afectar por sus sentimientos, de ponerse psíquicamente en su lugar, de asumir su situación. Juan Pablo II insiste especialmente en la sintonía en el dolor de los demás. La pobreza y la enfermedad, la marginación y la ignorancia, la soledad y la miseria moral son fuente de sufrimiento de los humanos. Al con-sentir con ellos el sacerdote enriquece su propia humanidad haciéndola más auténtica y más transparente.

En este registro concreto nuestro ministerio es más enriquecedor que la mayoría de las profesiones humanas. Nosotros «trabajamos con personas». Ellas nos abren con frecuencia su intimidad, su profundidad y su dolor.

Dos factores nada imaginarios pueden con todo empobrecer nuestra relación y nuestra misma humanidad. El primero nos puede inducir a polarizarnos de tal manera sobre los aspectos organizativos y empresariales de nuestro trabajo que la relación interpersonal profunda llegue a ser un residuo por su escasa cantidad y un subproducto por su dudosa calidad. En este caso el tecnócrata habría reducido al pastor. Un equilibrio de dedicaciones es exigencia del crecimiento humano armónico del presbítero.

El segundo factor empobrecedor anida dentro de nosotros mismos. La relación en profundidad resulta embarazosa a muchos sacerdotes porque en ella nos sentimos más frágiles, más vulnerables y más inseguros. Nuestro ser indigente se revela más en una relación profunda que en una relación periférica. Podemos entonces defendernos de ella adoptando actitudes evasivas, distantes, «inexpugnables», intervencionistas, indiscretas, paternalistas, oscuramente compensatorias. Es saludable para un pastor saber qué pasa por dentro de él cuando alguien le comunica su intimidad. Es provechoso formularse esta pregunta ante alguien que pueda ayudarle a encontrar una respuesta más lúcida. Hay un arte del diálogo interpersonal que está hoy bien analizado y estudiado⁸. Es preciso asimilarlo. El conocimiento de sí mismo es necesario para establecer una relación de ayuda. La Formación Permanente debe facilitarnos dicho conocimiento.

La sintonía mental y vital se encarnan en la sintonía **práctica** (con-partir). Es la capacidad de movilizarse en favor de aquellos a quienes hemos comprendido y con quienes hemos con-sentido. Supone un corazón sincero, generoso, fiel, disponible para el servicio, leal, tolerante⁹. En otras palabras: la capacidad de comprometerse a fondo con las personas. El celibato bien asumido ahonda en nosotros esta capacidad. El celibato no asumido puede llevarnos a no comprometernos en profundidad con nada ni con nadie.

Esta triple sintonía, leída con ojos de pastores, se nos muestra como expresión y encarnación de la caridad pastoral, que ha de orientar también la formación humana del presbítero¹⁰. La misma dinámica de la caridad pastoral nos conduce a comprender, a consentir y a compartir. La dimensión humana del presbítero se encuentra así impregnada por la caridad pastoral. Es ella la que brinda los motivos y el estilo a la sensibilidad humana del presbítero. La caridad pastoral es humana y humanizadora.

2.- Otros textos de P.D.V.

P.D.V. aborda en los números 43-44 el tema de la formación humana de los candidatos al presbiterado. Las metas que propone se suponen adquiridas substancialmente en los presbíteros. Es razonable, sin embargo, que, al diseñar la formación humana de los sacerdotes, evoquemos sintéticamente la doctrina recogida en aquellos números. Primero, porque *«la formación permanente de los sacerdotes es la continuación natural y absolutamente necesaria de aquel proceso de estructuración de la personalidad presbiteral iniciado y desarrollado en el Seminario»*¹¹. Además, porque todo proyecto de formación permanente digno de este nombre se propone también subsanar las posibles deficiencias de la formación básica.

Sin la pretensión de ofrecer un cuadro substancialmente completo, P.D.V. señala en este largo pasaje el objetivo fundamental de la formación humana del futuro sacerdote: la **madurez humana**.

El texto no se detiene a delimitar el concepto (difícil y lleno de problemas) de madurez humana. Un documento posterior de la Congregación para la Educación Católica se atreve a aproximarse más: una personalidad madura crea y mantiene la serenidad; vive relaciones amistosas que manifiestan comprensión y afabilidad; posee un constante autocontrol; se conoce a sí mismo y reconoce y acepta sus propios límites; juzga equilibradamente la realidad de las personas y de los acontecimientos y se sitúa ante ellos activa y pacientemente¹².

P.D.V. se limita a señalar algunos componentes de la madurez aludida que deben ser acentuados en la formación de los seminaristas.

a) El primero es, de nuevo, la capacidad de relación y comunión con los demás. El texto califica este rasgo como «verdaderamente esencial».

b) El segundo es la madurez **afectiva** o capacidad de amar verdadera y responsablemente con un amor que compromete el nivel físico, psicológico y espiritual de la persona y se expresa en el doble movimiento de acoger al otro y de entregarse a él¹³.

Explicitemos y prolonguemos el pensamiento de P.D.V.: la madurez afectiva consiste en la capacidad para amar intensamente y para dejarse amar honesta y limpiamente. Quien la posee está normalmente inclinado a la entrega oblativa al otro y a la búsqueda de su verdadero bien. Aprecia el agradecimiento, la estima, el afecto; pero no los exige ni los busca como un mendigo. Nunca condiciona a ellos su disponibilidad ni su servicio. Jamás encadena a los otros a su persona. Despierta en ellos la capacidad y el gusto por el amor oblativo.

El reverso de la madurez afectiva es el **narcisismo**. Esta forma de inmadurez, intensamente favorecida por el talante de nuestro tiempo lleva escondida en su corazón una duda lacerante: la persona no sabe si es o no digna de ser amada. Para despejar esta duda, se dedica a ofrecer a los demás una imagen amable de sí mismo a través de éxitos y resultados. Por eso trata de deslumbrar y asombrar a los demás. Necesita de esa imagen exitosa para decirse a sí mismo que vale. Pero no acaba nunca de creérselo. Precisamente por ello es tan sensible a la desaprobación. Ella le remite a la duda fundamental que no puede tolerar. Una persona así tiene una especial dificultad para ser oblativa. Está demandando continuamente aprobación.

«Don Narciso, sacerdote emprendedor que intenta reflejarse en todo lo que hace, vive con la sospecha continua de que la vida le exige demasiado sin recompensarle adecuadamente; siente a la Iglesia o a la diócesis o a la parroquia o a la comunidad religiosa más como madrastra que como madre; cree que el obispo o sus superiores no lo valoran bastante; ve aquella parroquia o aquel cargo particular como un traje demasiado

estrecho para sus posibilidades; naturalmente, si algo no funciona, es siempre culpa de la estructura o de los otros; se cansa de tener que estar dando continuamente a los demás, eternos abusos, sin recibir nada de ellos, etc. Y al seguir mirándose siempre en lo que hace, corre realmente el peligro de ahogarse, como Narciso, en su propio estanque»¹⁴.

De ley ordinaria la espiritualidad no arregla el problema capital de Narciso porque éste no es sino debilmente consciente de que lo es. Tiene que reconocer lo que le pasa. La espiritualidad le ayuda a este reconocimiento y le brinda la humildad de aceptarse y la entereza para superarse.

c) El tercer acento consiste en un capítulo especial de la madurez afectiva: la educación de la sexualidad en el contexto de una opción célibe. La madurez afectiva es «una base firme para vivir la castidad con fidelidad y alegría»¹⁵.

Esta afirmación que el Papa recoge textualmente de los PP. Sinodales encierra una gran verdad. En efecto: por un lado la capacidad de amar bien es el núcleo de la madurez afectiva. Por otro lado el motivo central del celibato del presbítero es una pasión por el ministerio nacida del amor oblativo a Jesucristo Pastor y a la comunidad cristiana. Todo celibato no inspirado fundamentalmente por este doble y único amor es o pura continencia o simple refugio o equilibrio inestable o tormento continuo. Las personas que no han trascendido el «período adolescente» del amor a los demás como forma de amarse a uno mismo tendrán especiales problemas justamente por su inmadurez afectiva. Pero asimismo una crisis religiosa, una serie de decepciones pastorales o una línea de conflictos con la institución eclesial puede inducir una regresión psíquica en virtud de la cual el sacerdote retira el capital afectivo empleado en el ministerio y lo reinvierte en sus propios problemas e intereses. Estos casos no son simplemente imaginarios, sino reales.

d) Pero la madurez afectiva no es la única base humana firme para el celibato. P.D.V. recuerda con mucha sensatez que **la prudencia, la renuncia y la vigilancia** resultan necesarias. La educación de la sexualidad postula especialmente en el célibe una ascesis atenta y discreta¹⁶. Tal vez las cautelas excesivas y desconfiadas de otros tiempos hayan sido hoy substituidas, en el caso de bastantes sacerdotes, por actitudes permisivas que encierran dentro de si mismas un poco de ingenuidad y otro poco de complicidad. En un clima cultural caracterizado por la frecuencia e intensidad de los estímulos eróticos, por la «liberación sexual» de la mujer y por la «naturalización» de la relación genital, los tres substantivos utilizados por P.D.V. resultan muy pertinentes no solo para los seminaristas sino también para los sacerdotes. «Consumir» estímulos eróticos o establecer una cierta ambigüedad en el intercambio de palabras y gestos con la mujer entraña problemas. Despierta en nosotros un amargo regusto de la infidelidad y enciende el deseo de ir traspasando fronteras. Una vivencia «higiénica» de la sexualidad pide en este punto lucidez y firmeza. La costumbre de decir nuestra sexualidad ante testigos cercanos, respetuosos y competentes es sumamente saludable. Me temo que no sea muy frecuente. Enmarcar la motivación cristológica, eclesiológica y escatológica del celibato en una antropología sexual correcta y en una experiencia controlada, sería un cometido importante para la formación humana de los presbíteros.

e) La formación para la **libertad** como obediencia al significado de la propia existencia y como camino de realización propia en el dominio de sí y en la entrega al servicio es otro de los acentos del texto comentado¹⁷.

f) La educación de la **conciencia moral** vivida no como reacción ante un imperativo categórico impersonal sino «como respuesta consciente, libre y amorosa a las exigencias de Dios y de su amor» constituye el último punto de insistencia de P.D.V.¹⁸.

Me parece que el conjunto de los sacerdotes se caracteriza por una intensa conciencia moral. Este es un activo importante en una sociedad en la que observamos no solo un desplazamiento de acento de unos valores éticos a otros, sino una verdadera anemia moral. Me parece asimismo que los sacerdotes vinculamos bastante espontáneamente comportamiento moral con respuesta fiel a Dios. Tenemos conciencia de obedecer a Dios cuando obedecemos a nuestro código moral. En suma: la moralidad del clero es muy alta; más alta que su moral.

Con todo, existe en muchos sacerdotes una forma de **moralismo** que resulta poco sana. Consiste en explicar e interpretar la realidad preferentemente por categorías morales. Para ser más concretos: el descenso de las vocaciones, por la escasa entrega de los sacerdotes; la crisis de la familia, por el poco espíritu de sacrificio de los esposos; la explosión sexual de nuestro tiempo, por la desvergüenza de las jóvenes generaciones. Es evidente que todas estas crisis tienen un componente moral. Es igualmente evidente que son fenómenos culturales cuyas causas no son ni originaria ni exclusivamente morales.

La consecuencia de estas apreciaciones es el **culpabilismo**. El sano y necesario sentimiento de culpabilidad, estructura básica de la conciencia teológica de pecado, se vuelve desproporcionado. El cura se culpa de no atraer a los jóvenes, de no detener la hemorragia de los practicantes, de no disuadir a los pecadores públicos, de no evitar la progresiva descristianización de su pueblo. Tal vez externamente atribuye todos estos fenómenos a causas ajenas a su persona. Tal vez resulte a veces injusto y agresivo, incluso en la misma predicación, al inculpar a otras personas, grupos e instituciones. Un sentimiento de culpabilidad desmedido y no asumido es generador de agresividad. Pero en su fuero interno el presbítero se interpela y se autoinculpa casi siempre de manera dolorida y desmesurada. La alternancia de las acusaciones exteriores y la inculpación interior es el indicador de una actitud moralista.

Un análisis riguroso y objetivo de los fenómenos sociales que afectan a la religión y a la moral sería más que deseable. No solo para que la correcta explicación de los mismos nos ayude a una atinada respuesta pastoral. También para que el pastor sepa definir lo que es fruto de fenómenos complejos, lo que es consecuencia de los errores e infidelidades de la comunidad cristiana y lo que es resultado de sus propias deficiencias o negligencias. La formación permanente tiene aquí otro campo de aterrizaje.

II. EXISTENCIA PRESBITERAL Y FORMACIÓN HUMANA

La vivencia y ejercicio del ministerio favorecen en el presbítero el despliegue y cultivo de determinadas dimensiones humanas. Si es cierto que el ministerio es fuente de espiritualidad, es igualmente cierto que es fuente de humanidad. Pero la vivencia y ejercicio del ministerio hacen también más delicado el desarrollo de otras dimensiones humanas del sacerdote.

El presbítero no vive ni ejerce su ministerio dentro de una campana de cristal. Toda su vida y ministerio están inscritos en un cuadro de factores sociales y existenciales que condicionan favorable o desfavorablemente el crecimiento humano de los sacerdotes. Identificar uno a uno estos factores, analizar cómo repercuten en la humanidad de los presbíteros y determinar cómo habrían de intervenir sobre ellos, para optimizar lo favorable y obviar lo desfavorable, el mismo presbítero, su comunidad, el presbiterio, los servicios diocesanos y el obispo constituye un camino necesario y ambicioso de trabajo para un adecuado tratamiento de nuestro tema.

Tal camino desborda los límites de la conferencia y del conferenciante. Nos contentamos con identificar unos pocos factores que condicionan el crecimiento humano de los sacerdotes y con sugerir algunas intervenciones. En concreto, vamos a analizar cuatro de estos factores. El primero está ligado a la forma de **existencia** propia del presbítero; el segundo está vinculado a la naturaleza **eclesial** de su ministerio; el tercero y el cuarto hunden sus raíces en las condiciones **sociales** de nuestro tiempo.

1.- La identificación entre deseo y proyecto en la existencia presbiteral

«Amar y trabajar» son dos dimensiones capitales de la vida humana. La mayoría de las personas encarna su dimensión amorosa en la vida conyugal y familiar. Igualmente la mayoría de los mortales materializan su dimensión laboral en el ejercicio de una profesión.

Amor y trabajo, vida familiar y profesión, deseo y proyecto se condicionan mutuamente en la vida de todas estas personas. La experiencia positiva o negativa en uno de estos campos repercute sobre el otro. Pero tales campos tienen en estas vidas una **autonomía relativa**. Una vida conyugal y familiar rica puede amortiguar determinadas insatisfacciones profesionales. Una profesión ejercida ilusionadamente puede compensar tensiones y conflictos familiares. Podríamos decir que la estabilidad de las personas comunes descansa sobre **dos railes**: el amor y el trabajo.

La situación existencial del presbítero es bastante diferente. El objeto de su amor y de su trabajo es el mismo: la comunidad cristiana a la que entrega su vida y su servicio. Ella es tan importante que condensa no sólo su trabajo entero sino también todo su amor. Los dos railes de la estabilidad se acercan mucho y constituyen **casi un único rail**.

Esta especial identificación entre trabajo y amor favorece desde luego la calidad y la intensidad de la dedicación y, por tanto, de la obra realizada. Unifica además mucho la vida de la persona. La unidad interior es siempre fuente de enriquecimiento. El amor renovado mejora el trabajo; el trabajo mejorado renueva el amor. Un trabajo con las personas que concentran nuestro amor gratifica a los presbíteros, estimula continuamente su interés y su creatividad y les confiere un saludable sentimiento de personas realizadas. En suma: esta singular forma de existencia **unifica, gratifica y realiza** la persona del sacerdote.

Pero justamente allí donde reside su riqueza anida también su delicadeza. Desde la mayor proximidad entre amor y trabajo, toda crisis en una de los dos dimensiones influye muy sensiblemente sobre la otra dimensión. Las crisis afectiva pueden tornar casi inaguantable el trabajo ministerial. Los reveses pastorales pueden poner en cuestión las opciones afectivas. La experiencia de una vida pastoral infructuosa repercute fuertemente incluso en la autoestima del sacerdote y puede despertar en él la tentación de «rehacer su vida» mediante la entrega al amor de una mujer. Las decepciones que sufre al registrar signos de ingratitud, incomprensión o maledicencia pueden conducirle a desengancharse afectivamente de su comunidad. El desierto afectivo que vive al cambiar de destino pastoral puede llevarle más fácilmente a llenar ese vacío con regresiones autoeróticas o recursos al alcohol. La identificación entre deseo y proyecto es una «fórmula vital» muy rica, pero muy delicada.

Nada sostiene tanto al presbítero en esta delicada situación como el anclaje profundo de una experiencia espiritual por la que se siente asentado en Dios como en una roca, confortado en el amor personal al Buen Pastor y consolado en la vinculación de su vida a la fecundidad del Espíritu. Pero esta acogida de Dios debe encarnarse también en los servicios que los compañeros presbíteros y la diócesis puedan brindarle. La experiencia muestra que las relaciones amistosas de calidad y profundidad son un valioso apoyo, en estas

circunstancias. Los sacerdotes amigos deben privilegiar este apoyo a sus hermanos en el tiempo de prueba. *«La capacidad de cultivar y vivir maduras y profundas amistades sacerdotales se revela fuente de serenidad y de alegría en el ejercicio del ministerio: Las amistades verdaderas son ayuda decisiva en las dificultades y, a la vez, ayuda preciosa para incrementar la caridad pastoral, que el presbítero debe ejercitar de modo particular con aquellos hermanos en el sacerdocio, que se encuentren necesitados de comprensión, ayuda y apoyo»*¹⁹.

Los delegados del clero debemos visitar y sostener a sacerdotes con graves dificultades en su relación pastoral con la feligresía. La atención cuidada a los sacerdotes que cambian de destino merece un puesto en la agenda de los delegados y del obispo. Cuando este cambio se ha producido en una edad ya mayor el traumatismo de la salida y el extrañamiento de la llegada se potencian mutuamente y necesitan ser suavizados por la amistad de los cercanos y la proximidad de los responsables.

2.- La especial vinculación eclesial del presbítero

La Iglesia confía una concreta comunidad cristiana a la atención pastoral del presbítero. Éste queda constituido en el pastor estable y directo de aquella. A él corresponde enseñar la fe católica, celebrar la liturgia de la Iglesia, aglutinar y orientar a la comunidad y atender personalmente a sus miembros. Cuando se contempla la densidad antropológica de este encargo, una conclusión se impone: ser cura es «un cargo de confianza».

Un cargo de confianza es siempre un gran estímulo para la **responsabilidad**. En la medida en que el cargo «nos hace hombres» el cargo presbiteral estimula toda una constelación de dinamismos humanos en torno al polo de la responsabilidad: la autoestima, la estabilidad interior, la creatividad, la capacidad de decidir, la prudencia, la paciencia, la voluntad de superarse y aprender. No es de recibo una teoría extrema en virtud de la cual el cargo empobrece a la persona robándole sensibilidad, sinceridad y libertad. Un cargo (un «rol») puede estimular muchas potencialidades dormidas. Pensemos, por ejemplo, en el espíritu de responsabilidad que ha despertado en muchas parejas aún jóvenes y no del todo asentadas el rol de la paternidad y maternidad. El «personaje» no es simple estorbo para la persona; puede y suele ayudarnos a ser personas. Establecer una antítesis entre persona y personaje es manifiestamente exagerado. Más que una antítesis existe entre ambos una polaridad dialéctica que puede ser enriquecedora para la persona y para el personaje.

Pero esta polaridad puede acabar en una **polarización en el «rol»**. El riesgo es mayor cuando el «rol» es muy consistente en sí mismo. El rol es muy consistente cuando interesa no solo el trabajo sino la afectividad de la persona; cuando confiere un relieve público; cuando el oficio desempeñado postula un alto nivel de identificación con la institución y las personas que nos lo han encomendado; cuando este rol es en sí mismo puesto en cuestión por el entorno social.

Ahora bien: estos cuatro caracteres están presentes en grado notable en el papel de ser sacerdote. En estas circunstancias, con alguna facilidad puede darse sobre todo en sacerdotes con un bajo nivel de autoestima, un «endurecimiento en torno al rol». *«El sacerdote corre el peligro de subirse sobre su propio «rol», para hablar y actuar desde allí, pero sin preocuparse de estar en sintonía con el camino de su gente y sin intuir lo que esperan de él, estableciendo un tipo de comunicación mucho más aseverativa que dialogal, más repetitiva que creativa, más circumspecta y precavida que explícita y cordial»* (Cardenal Martini).

Cuando la relación con una persona pueda poner en cuestión su entrega a la comunidad, el sacerdote puede tender no ya a marcar una distancia correcta sino a acartonarse en la relación y a refugiarse en el rol. Cuando sus feligreses o conciudadanos le pregunten sobre cuestiones doctrinales candentes y debatidas en la sociedad, el «rol» puede llevarle más a repetir machaconamente la doctrina eclesial que a explicarla convincentemente. En su deseo de edificar con su conducta puede traspasar el umbral de la sinceridad y ofrecer una imagen demasiado «oficial» e incluso inauténtica. Al ver cuestionado su rol puede sentirse sin abrigo y a la intemperie. En este caso la crítica a la institución puede ser sentida espontáneamente por él como una crítica personal y ésta como crítica a la institución. El «homo ecclesialis» deriva entonces en «homo ecclesiasticus» en el sentido peyorativo de este término.

No me parece una respuesta adecuada a este riesgo el ejercicio por parte del sacerdote de otros roles sociales, como, por ejemplo, una nueva profesión. El desajuste está entre el rol y la persona y no se subsana con acumular más roles para que uno y otro «se relativicen». El camino está en el refuerzo de la propia persona como instancia de discernimiento, como sujeto libre, como alguien que se estima por sí mismo y se acepta a sí mismo. El amor y la adhesión a la comunidad y a la institución eclesial no solo no se pone en peligro, sino que así se vuelve más personal y menos fusional. Para querer adultamente a la misma Iglesia hace falta al mismo tiempo identificación con ella y alteridad respecto de ella. La simple identificación crea adhesiones fusionales. La sola alteridad genera posturas frías y distantes.

Analizar con los sacerdotes estos temas, ofrecer criterios adecuados, denunciar posiciones dependientes o descomprometidas podría ser una buena manera de contribuir a su crecimiento humano.

3.- La dificultad de evangelizar

Dos fenómenos sociales vinculados entre sí afectan gravemente a la Iglesia en Europa: la dificultad de evangelizar esta sociedad y la disminución de su relieve moral en ella.

Al igual que ciertas articulaciones corporales registran con gran sensibilidad el malestar del organismo entero, los presbíteros perciben dolorosamente en su misma vida y ministerio esta doble dolencia de la Iglesia.

No vamos a detenernos a describir estos dos fenómenos. Pero vamos a evocar las repercusiones de cada uno de ellos sobre el estado anímico de los sacerdotes.

Comencemos por el primero. En un grupo nada desdeñable de presbíteros resulta visible un cierto sentimiento de impotencia pastoral. Si la evangelización de la sociedad ha resultado siempre costosa hoy se les revela poco menos que «misión imposible». A menudo este sentimiento se tiñe de temor al provenir: la suerte futura de la Iglesia en Europa es vista con mirada sombría y preocupada. Algunos se culpabilizan a sí mismos y atribuyen a su escasa competencia y a su excesiva negligencia una parte alícuota de la decadencia presente. Otros culpabilizan a la misma Iglesia que confundiendo el «ser diferente» con el «estar desfasada», se encasilla en una incomunicación que imposibilita el diálogo evangelizador.

Pero el estado anímico reactivo que acabamos de evocar no es compartido por otro grupo notable de presbíteros. Dejemos aparte a aquellos que, embebidos en sus pequeños proyectos, no levantan la mirada hacia el panorama global. Dejemos igualmente aparte a aquellos otros cuyo centro de gravedad está en sus preocupaciones profesionales o en sus intereses económicos. Una porción estimable de sacerdotes sintonizan con las preocupaciones antedichas pero reaccionan ante ellas de otra manera. Esta reacción puede

tal vez condensarse así: Tienen una visión menos tenebrista de la evolución religiosa del mundo. Contemplan el futuro con mayor esperanza. Toleran con menor costo psíquico una cierta marginalidad social de la Iglesia. Asumen con mayor serenidad la dificultad de adaptación de la comunidad cristiana ante las interpelaciones de la sociedad.

Sería simplista sostener que la primera se caracteriza por el rigor de los análisis y la segunda por un optimismo ingenuo o interesado. Sería igualmente simplista afirmar que la primera reacción revela una fe débil y la segunda denota una fe fresca. Sin duda la manera de ser de las personas condiciona sensiblemente la percepción valorativa global de la realidad. Me parece que una clave explicativa de esta diferente percepción reside en el binomio «sensibilidad-estabilidad». La psicología revela que no existe correlación positiva entre estos dos polos. De ordinario los más sensibles no suelen ser los más estables ni los más estables suelen ser los más sensibles. Ante una realidad preocupante el riesgo de la sola sensibilidad es el temor y el pesimismo; el de la sola estabilidad es el déficit de intuición. La gente que mejor ve y mejor reacciona es aquella que es, a la vez, sensible y estable.

La fe y la espiritualidad favorecen al mismo tiempo la sensibilidad y la estabilidad. Afinan nuestras antenas y nuestra humildad para captar la realidad también en sus aspectos preocupantes sin que nuestros mecanismos defensivos nos impidan reconocerla. Confieren serenidad para situarnos ante ella desde la confianza en un Dios siempre mayor que la historia, empeñado irrevocablemente en ofrecer y realizar la salvación en medio de su pueblo.

En cualquier caso la Formación Permanente tiene aquí un surco de trabajo importante. Si la percepción de las dificultades evangelizadoras perturba y conmueve notablemente el ánimo de muchos sacerdotes, resulta necesario «objetivar» al máximo tal situación. Los fenómenos preocupantes poco analizados producen miedo. El ser humano es siempre más vulnerable ante un interlocutor y contrincante desconocido que ante uno conocido. Ofrecer una lectura rigurosamente crítica e inequívocamente creyente es brindar a nuestro clero un servicio inestimable.

4.- La devaluación social de la función presbiteral

El impacto de este fenómeno sobre la moral de los sacerdotes es también patente. Las ciencias humanas nos aseguran que el hombre alimenta su autoestima en tres fuentes. La primera es la imagen globalmente positiva de sí mismo. La segunda es la contemplación de los frutos de su trabajo. La tercera es la estima que los demás le profesan. Cuando alguna de ellas se debilita la autoestima puede quebrarse con alguna facilidad.

No es éste el caso de muchos sacerdotes. Un grupo nutrido de personas de su propia comunidad valoran y estiman su función y sus servicios. En muchos ambientes populares los sacerdotes siguen recibiendo estima y valoración. Saben además que no necesariamente los mejores tiempos para el clero son los mejores tiempos para la evangelización. No se sienten tan incómodos en esa marginalidad social. La fe les ayuda a leer esta situación de cierto «despojo» de la Iglesia como una pobreza que prepara el Reino y la hace más cercana a los más desposeídos.

Pero hay otros muchos que se sienten afectados por esta pérdida de cotización social que algunos de ellos interpretan como una especie de «muerte social». Un reciente estudio realizado en 1990 en varias diócesis de Francia revela que un buen número de sacerdotes registran dolorosa y negativamente esta devaluación. En ellos se observa *«un desplome de sus proyectos y, lo que es más preocupante, un hundimiento de su imagen individual y social. Su fe no queda alcanzada, pero tampoco ejerce una función significativamente*

estimuladora»²⁰. No siempre son saludables las salidas a esta situación. En el orden del trabajo pastoral parecen derivar hacia una notable reducción del volumen de actividad o hacia un activismo que quiere encubrir con la ocupación un vacío doloroso. En el orden de la vida personal son frecuentes algunos cuadros de ansiedad y depresión, bastantes conductas de connivencia con el alcohol y determinadas relaciones afectivas contrarias a los compromisos del celibato.

He aquí una situación humana que requiere atención extraordinaria. En estas circunstancias muchos sacerdotes necesitan y esperan un reconocimiento explícito y repetido del coraje creyente que significa seguir en el servicio cuando tantos se han marchado; del mérito de su presencia cerca de la comunidad y de su pueblo; de la validez de su trabajo. Este reconocimiento suele ayudarles a reforzar la estima de su ministerio y a tolerar la devaluación social del mismo. El apoyo más reconfortante y más esperado es el del obispo. Los vicarios generales y episcopales no tienen para el presbítero el mismo valor simbólico. Pero su proximidad es también apreciada y demandada.

Podríamos tal vez pensar que esta «demanda de obispo» revela una necesidad adolescente de ser confirmados y valorados en nuestra vida y trabajo por la figura del padre y del jefe. Es más que probable que en ocasiones sea así. Pero no lo es en muchos otros casos. También un adulto necesita ser reconocido por aquellas personas a las que ama y de las que depende en su vida y en su trabajo. Necesita que sea valorada no solo su persona sino también su trabajo. La entrevista individual en la que el obispo se interesa discreta y confiadamente por su salud, su situación material y humana, su estado de satisfacción o insatisfacción, sus perspectivas de futuro, su momento espiritual y su trabajo pastoral es un excelente medio para confortar a los sacerdotes. Evaluar mano a mano con el presbítero su trabajo pastoral es una manera excelente de mostrarle la importancia que tiene para nosotros su tarea y su función eclesial. En diócesis de talla humana y número discreto de sacerdotes este ministerio episcopal resulta posible.

III. LA FORMACIÓN HUMANA EN LAS DIFERENTES FASES DE LA VIDA DE LOS PRESBITEROS

*«La formación permanente debe acompañar a los sacerdotes siempre, en cualquier período y situación de su existencia... adaptándose a las posibilidades y características propias de la edad, condiciones de vida y tareas encomendadas»*²¹. P.D.V. diseña en dos números sucesivos²² la orientación específica para cada una de las tres grandes fases de vida presbiteral. En el tercer capítulo de nuestro trabajo nos proponemos aplicar esta luminosa indicación metodológica al tema de la formación humana de los presbíteros.

La psicología evolutiva ofrece un parcial fundamento teórico a esta división tripartita de la vida del sacerdote al distinguir cuatro fases en el arco de la vida adulta²³. Una primera fase es la del adulto joven (aproximadamente entre los 25 y los 40 años). La segunda es denominada «edad adulta tardía» (Remplein) y se extiende, más o menos, de los 40 a los 60. La tercera es la «senescencia» (60-75 años), a partir de esta edad hasta la vejez. La cuarta es la senectud. Nos acercaremos sucesivamente a cada una de estas fases.

1.- Los sacerdotes jóvenes (25-40 años)

La mayoría de los mortales, asume en esta edad compromisos afectivos (formación de una familia) y laborales (ejercicio de una profesión). En principio tales compromisos favorecen la madurez mental y afectiva. Ésta se caracteriza entre otros rasgos por la

aceptación de los límites externos (del mundo) e internos (propios) y por la asunción realista de las propias responsabilidades.

El sacerdote joven vive esta fase, «la más decisiva para su futuro»²⁴, en una situación que tiene rasgos comunes y diferenciales con la de sus contemporáneos. Unos y otros se enfrentan con **idealismo** y con **miedo** a la nueva fase de su vida. El idealismo les conduce a depositar en ella mucha ilusión y mucha pasión y a desconocer cuáles son las posibilidades y los límites **reales** que les ofrece su nueva inserción. El miedo al futuro desconocido, les lleva a una **inseguridad** tanto más sentida cuanto más importantes estiman las responsabilidades asumidas. En concreto el sacerdote joven necesita «medirse con realidad». Tal exigencia entraña en primer lugar ir confrontándose con la realidad de su ministerio de tal manera que al ejercerlo vaya renunciando a las ilusiones sin perder la ilusión. La misma exigencia comporta, en segundo lugar, probarse a sí mismo que ha elegido bien, que es capaz de suscitar adhesiones al mensaje que propone y que es apreciado por la comunidad.

Determinados indicadores como el fenómeno de las secularizaciones tempranas de unos y los abatimientos de otros denotan una cierta fragilidad generacional para enfrentarse con el espesor de su vida adulta. Un número significativo de curas jóvenes, al tiempo que viven intensa y generosamente su ministerio, se agobian fácilmente por la multiplicidad de sus tareas y se abaten con alguna frecuencia por los reveses de la pastoral o las decepciones del presbiterio. Algunos pocos incluso abandonan el ministerio casi en sus primeros compases. Diríase que son como esos boxeadores ágiles y activos, pero propensos a que los golpes directos a las cejas les lesionen y les sitúen al borde del «fuera de combate». A pesar de haber tenido con la mujer real un trato mucho más real que las generaciones precedentes, la fragilidad parece también afectar a su compromiso celibatario. Tal vez la mayor «naturalidad» de la relación intersexual de pareja, la dificultad cultural de interiorizar el «de por vida» y la carencia de criterios precisos para regular su relación con el mundo femenino pueden explicar estos tempranos desfallecimientos. A ellos contribuyen también las decepciones de su corta experiencia sacerdotal. Cuando tienen los apoyos suficientes, remontan la situación. Pero no siempre salen fortalecidos de ella. Muchas «neumonías» de la década de los cuarenta son «bronquitis mal curadas» de la década de los treinta.

Trabajar en un tajo en el que es difícil conseguir y evaluar los resultados y vivir la soledad existencial del celibato son dos componentes que hacen delicada la situación del sacerdote joven. Las circunstancias vocacionales hacen además que tengan que seguir «siendo jóvenes» durante un período excesivamente largo. La generación que les precede a ellos en la que podrían encontrar al mismo tiempo conexión y contraste, estímulo y realismo, es escasa en la Iglesia. La generación que les sucede, lo es asimismo. No es saludable tener que ser jóvenes demasiado tiempo. En el caso de los sacerdotes tengo la impresión de que se da con frecuencia una larga juvenilidad, una corta madurez y una senescencia prematura.

Pero la vida del sacerdote joven tiene unos recursos interiores y apoyos exteriores que le capacitan y facilitan no solo su mantenimiento sino su crecimiento humano. Uno de los recursos es el intenso componente **vocacional** subjetivo y objetivo, notablemente superior a las demás profesiones. En otras palabras: la tarea que realiza y los motivos por los que la asume tienen una fuerte carga vocacional. Vista desde la perspectiva humana, **la tarea** no es una profesión, sino una dedicación abnegada y gratuita a un servicio humanitario. Confortar, educar y alegrar a otros está inscrito en el corazón del trabajo del cura. **Los motivos** son asimismo vocacionales: el sacerdote se siente llamado a vivir para otros; ha

alimentado durante años esta vocación de entrega y encuentra en ella el gozo de sentirse útil. Tarea y motivos configuran la persona del presbítero y la enriquecen notablemente. Ambos alimentan la dotación de ideales de la persona del sacerdote.

Si el carácter vocacional es un rico recurso interior, la comunidad cristiana a la que es enviado es un valioso apoyo exterior. No sólo por el espíritu de responsabilidad que despierta en él, sino también por la especial relación que un célibe es capaz de entablar con ella. En efecto, el celibato bien asumido libera para la relación con la comunidad un potencial de afecto, de entrega y de ternura que, desahogado de su destinatario espontáneo (la vida conyugal y parental) y debidamente transformado por la sublimación, se orienta a la relación pastoral con la comunidad y con sus miembros. Este potencial transformado guarda con todo su «marca de fábrica», el vestigio de su origen. ¿Cuál es ese vestigio?: **la familiaridad**. Un pastor bien realizado confiere a su relación pastoral un estilo de entrañable familiaridad mayor y diferente que el que puede normalmente ofrecer un profesional entregado que ha formado su propia familia. A nadie se le oculta el valor de este fondo emocional para formar la familia de Dios.

Pero el apoyo de la comunidad debe ser completado por otros servicios y apoyos. P.D.V. alude explícitamente al «*intercambio de experiencias y reflexiones sobre la aplicación concreta del ideal ministerial que ha asimilado en los años de Seminario*»²⁵ realizado en encuentros del clero joven. He conocido por experiencia propia la fuerza configuradora que tiene sobre sus propios miembros el grupo de clero joven cuando está bien liderado desde dentro y discretamente atendido desde fuera.

Es preciso agregar que supone una inmensa gracia para un sacerdote joven «rodar» junto a (o cerca de) algún sacerdote más adulto que sea humana, espiritual y pastoralmente rico. Así lo certifica el Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros²⁶. El contraste diario y frecuente con él es un «seminario permanente». En ese contraste se templan los idealismos, se encajan positivamente las lecciones de la vida, se asimila sabiduría pastoral y se aprende a leer la realidad eclesial y social con ojos de pastor. El cura joven necesita «moler lo que vive». Con frecuencia vive mucho y «muele poco». No tiene huelgo y espacios para asimilar lo vivido. No olvidemos que la experiencia es «vida digerida». Un equilibrio mayor entre exterioridad e interioridad ayuda a esta «digestión».

Pero ayuda también sobremanera la relación ante-dicha.

Esta relación singularmente rica puede incluso en algunos casos ser el cauce en el que el sacerdote joven vuelca su intimidad serena o perturbada por la vivencia de su ministerio. En otros muchos no llegará a este nivel, que el Directorio citado considera, con toda razón especialmente vital en la primera fase de la vida presbiteral²⁷. Una vida tan diferente a la del seminario despierta con frecuencia un «hombre diferente» que tiene que volver a aprender a decirse a sí mismo ante otro. La experiencia dice que rara vez se realiza este saludable ejercicio, a no ser en el fuero estrictamente sacramental de la confesión. El adulto experimenta dificultades mayores para la apertura de su intimidad. En este punto nuestros curas jóvenes se hacen demasiado pronto adultos. La diócesis tiene que facilitarles este servicio. Preparar en espiritualidad y en sabiduría para la relación de intimidad a esos raros pastores aptos para esta faena y situarlos cerca de los curas jóvenes es una manera previsoramente de cuidar su salud integral.

2.- Los sacerdotes de media edad

P.D.V. describe con trazos enérgicos y realistas los aspectos preocupantes de esta edad. «*En realidad -dice- son muchos los riesgos que pueden correr, precisamente en razón de la edad, como, por ejemplo, un activismo exagerado y una cierta rutina en el ejercicio del*

ministerio. Así el sacerdote puede verse tentado de presumir de sí mismo, como si la propia experiencia personal, ya demostrada, no tuviera que ser contrastada con nada ni con nadie. Frecuentemente el sacerdote sufre una especie de cansancio interior peligroso, fruto de dificultades y fracasos»²⁸.

Tales rasgos son coherentes con el cuadro general de esta edad diseñado por la psicología evolutiva. Los autores califican dicha fase con rasgos bien definidos. Desde el punto de vista biológico el sujeto vive una leve involución orgánica que le sitúa en una especie de «meseta» ligeramente declinante. Mantiene su rendimiento intelectual supliendo con la experiencia los primeros desgastes mentales. Su potencia sexual experimenta un cierto descenso. No así la fuerza del deseo y la necesidad afectiva. Parecería que el sujeto anhela una «segunda oportunidad de vivir». De hecho las aventuras sexuales con personas más jóvenes son frecuentes en este período. Pero tal vez el rasgo más saliente sea de orden existencial: situada en la «media edad», la persona mira hacia atrás y hacia adelante. Le afecta mucho el nivel de fecundidad o eficacia de su vida pasada. Apunta un temor a la inutilidad y a la soledad futura. Dotado de una notable experiencia de los límites de la realidad, se pregunta vivamente no sólo por la eficacia, sino también por el sentido de su existencia. Todos estos caracteres inducen a los autores a calificar el núcleo central de esta fase como «crisis de madurez». Marañón en concreto la llama «la edad crítica». Digamos con todo, para no dramatizarla, que toda crisis de este estilo entraña renunciar a determinadas preferencias de la etapa anterior para adaptarse a las nuevas exigencias de la etapa subsiguiente. En todas ellas hay un conflicto vivido más o menos suavemente seguido de renunciaciones y aceptaciones.

¿Cómo vivimos los sacerdotes esta fase crucial? La mirada al pasado está cargada de una pregunta: ¿es válido y sólido lo que he construido con mi dedicación pastoral?, ¿albergo una satisfacción básica sobre la maduración espiritual adquirida? La mirada al presente contiene este interrogante: ¿vivo «adultamente feliz», es decir, centrado?, ¿en qué grado mi vida está siendo útil a los demás y grata a Dios? La mirada al futuro no está exenta de cierto temor: ¿qué puedo esperar de una realidad (eclesial, social, personal) que «da de sí lo que da»? ¿qué quedará de todo esto en lo que estoy poniendo mi vida entera?²⁹.

Felizmente el sujeto que se pregunta es adulto. Sabe lo que puede pedir a las personas, a la Iglesia, a la sociedad. Sabe lo que puede pedirse a sí mismo. Es capaz de hacerse todas las preguntas antedichas con serenidad y sin conformismo. Está en «*la edad en la que llegamos a ser lo que somos*» (Ch. Péguy). Una minoría se formula las preguntas antedichas con gran insatisfacción, con agudo sentimiento de culpabilidad, con una carga visible de resentimiento agresivo e inconformista. Este grupo no ha sabido hacer el duelo necesario y saludable al pasar de la edad juvenil a la edad adulta. Mantienen casi intacto el idealismo juvenil o, más exactamente, adolescente. No se resignan a aceptar el «principio de la realidad», al cual consideran la tumba de los ideales. Confunden ideales con idealismo. Tiene una manera poco adulta de leer la utopía del Evangelio. Tienden a pensar que «todo lo posible debe ser real». El análisis más afinado revela un «ideal del yo» excesivamente lastrado por elementos imaginarios. En exceso se han soñado a sí mismos como santos, como héroes; en exceso han soñado los límites de la realidad como elásticos hasta el infinito. Toda realidad está condenada a defraudarles.

Pero no es este el caso de la gran mayoría de los sacerdotes. Muchos de ellos «aguantan bien» las preguntas arriba formuladas. Con todo es preciso señalar que un buen número de presbíteros tiñen el realismo maduro propio de la edad con una dosis no desdeñable de

escepticismo. Si el «síndrome de amanecer» caracteriza el clima interior del joven presbítero, el «síndrome de atardecer» modula con frecuencia el talante del sacerdote de media edad. Mentalmente el escepticismo se distingue del realismo porque recorta las posibilidades de la realidad y minusvalora los aspectos positivos de la misma. Vitalmente se caracteriza por la incapacidad de ilusión y de entusiasmo. Cuando esta actitud llega a asentarse como una niebla baja en el alma de los presbíteros, los proyectos de renovación pastoral son percibidos como poco más que pura cosmética; los planes de Formación Permanente son simple terapia ocupacional; las exigencias espirituales son rizados complicados sobre la sencillez del evangelio; el mismo Concilio es visto como un acontecimiento que ha supuesto bien poca cosa para la Iglesia.

Varios factores pueden explicarnos esta reacción. Uno es la educación idealista que, para bien y para mal, recibimos en nuestros años adolescentes y jóvenes. Esta educación nos brindó ideales que enriquecieron extraordinariamente nuestra vida. Pero no nos brindó actitudes y mecanismos suficientemente finos para analizar la realidad, ni para traducir a ella los ideales ni para tolerar la frustración que las «rebajas» de la realidad genera inevitablemente. Muchos sacerdotes han aprendido después. Otros no hemos aprendido en la medida deseable. De Lubac decía de Bayo que su pesimismo respecto a la naturaleza humana (sólo capaz de pecar) nacía de su exagerado optimismo acerca de ella (naturalmente llamada a la visión de Dios). G. Marcel distingue la desesperanza de la desesperación. La desesperanza es la propia de quien no ha esperado nunca porque nunca ha creído que se puede esperar nada de la vida. La desesperación anida en aquel que, habiendo esperado ardientemente, ha sido continua e intensamente frustrado por la realidad. El escepticismo arriba señalado tendría algún parentesco con esta última decepción.

La tendencia escéptica se explica también por la crudeza del tiempo presente para la vida y ministerio de un sacerdote. Hoy no resulta tan fácil mirar hacia atrás y encontrar, como fruto de nuestro trabajo, unos resultados pastorales abundantes y estables. Resulta obvio que la mirada al futuro produce algunas inquietudes y temores. Vosotros sabéis bien que la tristeza por el pasado, la insatisfacción por el presente y la ansiedad por el futuro son bastante frecuentes entre nuestro clero.

Pero entre el inconformismo y el escepticismo, que son tentaciones reales de una porción de nuestro clero, se sitúa el realismo sereno y esperanzado. Un buen porcentaje de sacerdotes vive así su vida y ministerio, su relación eclesial, su relación con Dios. A ello contribuyen desde luego el temperamento, las vicisitudes de la biografía personal, la capacidad de análisis y los instrumentos que para este análisis sepamos ofrecer a nuestros curas.

Quiero detenerme en dos medios especialmente saludables. El primero es el cuidado de la salud física ya en esta etapa. No hemos de olvidar que todas las funciones y sistemas corporales sufren ya en ella, una involución: las glándulas endocrinas (andropausia), las funciones cardiovasculares (esclerosis), la función respiratoria (afecciones bronquiales), el sistema nervioso (pérdida de reflejos). El organismo que inicia su decadencia puede tirar del psiquismo e inducir en él una «nostálgica y melancólica reflexión sobre el pasado» (P. Ricoeur). Cuidarse es una manera de evitar estas regresiones.

El segundo medio es el «tiempo sabático». En una fase en la que la persona «hace balance» vital, los servicios que le prestamos deben facilitar las mejores condiciones para hacerlo bien. El año sabático debería ser en este período, práctica universal. Debe ser pensado en función de las necesidades específicas del presbítero de esta edad. La actualización teológica y el cultivo espiritual no deben ser desdeñadas. Pero tampoco debe

ser olvidado aquel conjunto de servicios que ayuden al sacerdote a reconciliarse con su pasado, asumir el presente y afrontar su futuro. Para ello es necesario ayudarlo a comprender lo que vive interiormente y lo que sucede en la Iglesia y en el mundo. Es bueno ofrecerle medios para comunicarse en toda su profundidad y expresarse en toda su riqueza. Es saludable crear un clima convivencial grato en el que cure sus heridas y tenga una cierta «experiencia de presbiterio». Los Ejercicios Espirituales de mes entero son un excelente complemento del tiempo sabático. La experiencia personal y ajena me dice que ese clima de gracia marca decisivamente a muchos. Para reconciliarnos con nuestro pasado tenemos que «llorarlo ante Dios». Para asumir el presente se necesita una fortaleza que el Espíritu va suscitando o resucitando en nosotros a lo largo del itinerario espiritual ignaciano. Para afrontar el porvenir tenemos que evangelizar las alergias provocadas por el pasado y los miedos suscitados por la incertidumbre futura y contemplar cómo nace lozana entre ellos la confianza.

3.- Los sacerdotes mayores (entre los 60 y los 75 años)

P.D.V. tras de sostener que también a ellos debe interesar la Formación Permanente, establece el objetivo principal de ésta: *«la confirmación serena y alentadora de la misión que todavía están llamados a llevar a cabo en el presbiterio»*³⁰ no sólo como personas que despliegan alguna actividad sino también como portadoras de experiencia para los demás presbíteros.

La psicología evolutiva nos ofrece los rasgos generales de esta edad. La involución biológica se vuelve ya decadencia visible para los demás y sensible para el sujeto mismo. Las facultades mentales que todavía han rendido a tope entre los cuarenta y cinco y los sesenta disminuyen: la memoria, la fantasía y el vigor mental para análisis rigurosos y síntesis logradas decrecen. La autopercepción del envejecimiento en forma de fatiga y de menor rendimiento produce frecuentemente una cierta tristeza cuyos temas principales parecen ser estos dos: pena por el tiempo perdido y sensación de que la vida «se va yendo». Pero en otras ocasiones se traduce en una serena aceptación de la involución como «ley de la vida». La afectividad se hace más lábil: las lágrimas brotan más fácilmente. El sentimiento de soledad crece. El temor al retiro y al debilitamiento de la salud preocupan cada vez más. En suma: una pérdida en el hacer y en el poder inducen fácilmente un descenso en la conciencia de valer. Es la senescencia.

No es difícil identificar en algunos de estos rasgos la imagen de muchos sacerdotes. Pero la misma actividad y responsabilidad contrarresta en buena medida la emergencia de los rasgos antedichos. La situación de penuria vocacional está obligando a esta generación de sacerdotes a trabajar con sesenta y cinco años como si tuvieran cuarenta y cinco. Saben que no pueden bajar la guardia porque el relevo es escaso. Este nivel de actividad y responsabilidad les ayuda a mantener su vitalidad. Así encontramos entre ellos muchos sacerdotes de talante sereno, entregado a la gente, gozosos en su trabajo, más tolerantes según avanzan en edad, dispuestos a aprender lo que pueden. Sufren por sus limitaciones e impotencias pastorales. También asoma en ellos la dificultad progresiva de adaptarse a la mentalidad actual. Experimentan con claridad que ya no están para ciertas generaciones y determinadas tareas de la pastoral. Tienen menor capacidad para digerir los conflictos generados por la vida apostólica: las tensiones les hacen perder el sueño con mayor frecuencia que en otras épocas. Les apena que se vaya acercando la hora de la jubilación porque están muy identificados con el ministerio. Aceptan de buen grado, aunque no sin

costo psíquico, ser relevados de los primeros puestos y el colaborar desde un segundo plano. Su espiritualidad sencilla y sólida les ayuda mucho.

El primer aprendizaje que debemos realizar a medida que nos adentramos en esta etapa es el siguiente: aprender a sosegar el ritmo de nuestra actividad si ésta es muy intensa. No estamos ya para «ritmos juveniles». Remitir en la cantidad e intensidad del trabajo es una manera de reconocernos en nuestra verdad. Es la última oportunidad para llegar a la senectud en buenas condiciones. Es necesario para acompañar mejor interioridad y exterioridad, oración y tarea, reflexión y acción, descanso y trabajo.

Pero la sabiduría principal que debería ofrecer a este primer grupo la Formación Humana sería la de «aprender a ir envejeciendo». El éxito está bastante asegurado. Todos los servicios que les ofrezcamos tendrán buena acogida. Los agradecen no solo por su utilidad, sino como signo de preocupación por ellos y su futuro. Pero necesitan adquirir el «arte de envejecer», porque el hecho de envejecer es un sufrimiento hondo que intentamos marginar de la conciencia eludiendo nuestra atención a él y volcándola sobre nuestra tarea. Sin embargo, como un agua subterránea, nos va horadando si no la sacamos a la superficie. Sólo un fenómeno asumido puede dejar de ser nocivo y resultar saludable. Dos apoyos pueden ser valiosos para estos hermanos: la cercanía de los responsables y la espiritualidad. La primera les hace ver que son queridos más por lo que son que por lo que hacen. La segunda les ayuda a aceptarse, con paz, a ofrecer a Dios sus posibilidades y limitaciones, a confiar a Dios su futuro.

Los síntomas dolorosos propios de esta fase se acentúan en otro buen grupo de sacerdotes de manera más aguda y más preocupante. Las llamadas y estímulos a la renovación mental, espiritual y práctica les hostigan más que les estimulan. Ellos «ya no están para esa gimnasia» que por otro lado les parece en parte ocupación de entretenimiento. No se sienten suficientemente valorados en su fidelidad y entrega ni por su grey ni por sus pastores. Les asustan mucho los cambios de destino que en ocasiones les resultan un verdadero traumatismo del que no se rehacen fácilmente. No es fácil desarraigarse y arraigarse después de los sesenta o sesenta y cinco años. Algunos desean la jubilación como un expediente que les ahorra complicaciones y les otorga mayor libertad de movimientos. Otros la sienten como enemiga, puesto que les confina en la inactividad, en la «irresponsabilidad» y en la inutilidad. Tienen un historial de agravios que suele ser con frecuencia en parte objetivo y en parte subjetivo, casi siempre exagerado. Este grupo de sacerdotes pertenece a la «Unidad de Grandes Quemados». A veces uno no sabe si están «quemados» o están «deshidratados». Sufren mucho y hacen sufrir bastante³¹.

Resulta muy delicado acompañar y ayudar a este grupo cargado de problemas. La comunicación con los responsables –a veces con el mismo presbiterio– es débil e incluso, negativa. El grupo de sacerdotes al que pertenecen es un valioso activo, siempre que no se haya convertido en un «cenáculo de amargura». Salvo raras excepciones la visita del obispo, hecha con discreción y claridad, resulta muy positiva. En ella el obispo debe favorecer el desahogo, la «lectura de los agravios» acumulados y la confesión de los sufrimientos. Debe escuchar con paciencia y exhortar con libertad y delicadeza. La atención a sus necesidades materiales debe ser rápida y exquisita. Las situaciones de enfermedad o debilidad ofrecen buenos flancos para una cercanía siempre delicada.

4.- Los sacerdotes ancianos (=la senectud)³²

Aunque P.D.V. las trata «per modum unius», la senectud es considerada por los especialistas como fase diferente a la senescencia. Los caracteres diferenciales más

acusados en los tratados son la mayor conciencia de la decadencia del organismo, el sentimiento de pérdida de utilidad, de poder y de valer, la retracción del yo que pierde interés por el mundo exterior, el refugio en el pasado, la intensa preocupación por la salud actual y por su evolución futura, la reducción de su entorno social y «last, no least» la viva perspectiva de la muerte.

Con la senectud llega ordinariamente al sacerdote la hora de la jubilación. Los estudios generales realizados acerca de la jubilación muestran que la mayoría de los mortales experimenta una notable dificultad psíquica para aceptarla. Nuestros sacerdotes no constituyen tampoco en este punto una excepción. En un mundo que valora tanto la productividad, el retiro es vivido fácilmente como una cierta muerte social. En una existencia como la presbiteral, en la que la relación afectiva y responsable con la comunidad cristiana ocupa un lugar tan central, la jubilación es sentida como la interrupción de dicha relación y, en consecuencia, puede vivirse como una cierta muerte eclesial. La corta tradición jubilatoria y la misma convicción teológica del «sacerdos in aeternum» puede contribuir a que muchos se sientan incómodos en una forma de vida de poca actividad y casi nula responsabilidad pastoral.

La soledad familiar del sacerdote, acrecida por su opción célibe, puede provocar en esta fase un sentimiento más agudo de indefensión. La muerte de los hermanos (y muy particularmente la de la hermana con la que se ha convivido durante muchos años) suele provocar una penosa sensación de desvalimiento. Esta sensación suele con frecuencia acrecentar su temor ante el futuro. Las preguntas: «¿qué será de mí?», «¿quién me cuidará?», «¿quién me acompañará hasta el final?» son candentes para él. En tal contexto la perspectiva de la muerte como un acontecimiento para el que es preciso prepararse psicológicamente y espiritualmente, se hace más «real» y más habitual.

En esta situación no es extraño que con alguna frecuencia la autoestima del sacerdote disminuya, las motivaciones para mantenerse en forma en todos los aspectos se debiliten, la tristeza se aloje como un componente de su paisaje interior, la preocupación por la salud se vuelva obsesiva (hipocondríaca), la relación para con las personas que le atienden se vuelva dependiente y el impulso a compensar su «pérdida de ser» con un «aumento en el tener» se traduzca en una tendencia a ahorrar dinero y a acumular objetos.

Si estas son tentaciones que condicionan también la vejez de los sacerdotes, no son en absoluto factores determinantes que la marquen inexorablemente. Por ancianos y por sacerdotes tienen un sedimento de recursos para asumir positivamente su nueva condición.

En efecto, el proceso de envejecimiento de los ancianos comienza afectando al cuerpo y sólo paulatinamente alcanza la totalidad de la persona. La experiencia, el control, las relaciones, las tareas del ocio, los valores, la fe, suelen compensar estas «averías» del organismo. Por esta razón muchos ancianos manifiestan en su rostro y en su conducta diaria una actitud global apacible. Muchos de entre ellos muestran en sus reflexiones y reacciones una sabiduría real que no es en absoluto un «premio de consolación» que otorgamos y reconocemos a quienes ya han perdido todas las oportunidades. Esta sabiduría tiene mucho que enseñarnos porque desdramatiza muchos problemas que nos agobian a los todavía no ancianos. Ella denuncia mansamente nuestro excesivo interés por cosas que no valen tanto y nuestra excesiva sensibilidad ante males y desgracias que tampoco son para tanto. Justamente porque están «más allá» de muchas cosas pueden ayudarnos a ser objetivos a quienes por estar demasiado cerca no vemos las cosas en su verdadera perspectiva. Muchos sacerdotes ancianos son como esas manzanas de antaño a las que el paso del tiempo confiere una dulzura y un aroma que la manzana fresca no posee todavía.

Por ser sacerdotes tienen también sus recursos interiores. La experiencia de la muerte con la que han convivido de cerca tantas veces en su ministerio, favorece la familiaridad con ella, su mayor aceptación. Por ser tan central la perspectiva de la muerte en esta edad y por ser tan vital la «reconciliación» (siempre incompleta) con la muerte para la misma salud psíquica, no debemos subestimar esta activo de los sacerdotes que repercute en su paz global. Por ser sacerdotes pueden, en fin, comprender y vivir esta etapa como fase de preparación inmediata al Gran Encuentro Definitivo. Y por serlo pueden también decir con San Pablo: *«ahora me alegro por los padecimientos que soporto por vosotros y completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo»*³³.

Pero esta reserva interior necesita un apoyo exterior que apuntamos brevemente. En primer lugar es necesario que las diócesis elaboren o mejoren *«unas orientaciones relativas al estatuto, a las funciones y a los problemas del clero jubilado»*³⁴. La dignidad y hasta el número grande y creciente de sacerdotes jubilados así lo exige. En segundo lugar es preciso asegurar desde las diócesis una atención material y sanitaria para la fase actual y terminal de estos sacerdotes. Nada sosiega más sus temores de futuro que esta garantía. En tercer lugar es importante ofrecerles periódicamente información directa de la vida social, eclesial y diocesana y convocarlos a encuentros y actividades generales (con sus hermanos en activo) y específicas (sesiones especiales). En cuarto lugar es capital el encuentro personal amistoso del delegado diocesano y del obispo.

Todas estas iniciativas responden a necesidades concretas de los presbíteros jubilados. Pero además salen al paso de una necesidad básica: la de ser estimados y valorados por la diócesis a la que se consagraron. Su conciencia de «no valer ya» y la imagen social peyorativa de los ancianos necesitan ser compensadas y corregidas por unos signos de aprecio constantes, cálidos y prácticos. La humanidad, la gratitud y la fe nos piden que seamos, en este punto, especialmente generosos y abnegados.

EPÍLOGO

Esta página final no pretende consignar conclusiones propiamente dichas sino explicitar algunas constantes que de manera latente o patente impregnan toda la conferencia.

1ª.- Deslindar en la medida de lo posible, dentro del vasto capítulo de la atención humana a los sacerdotes el área de la asistencia y el área de la formación. La primera está ya más elaborada. La misma Comisión del Clero le dedicó recientemente un trabajo³⁵. La segunda está menos estructurada. A ella le he dedicado principalmente mi reflexión.

2ª.- Acentuar el **parentesco** y la **diferencia** entre los adultos en general y los adultos presbíteros. El sacerdote no es ni un simple caso particular del adulto ni una especie aparte. En concreto he tratado de apuntar cómo se realizan en el presbítero los rasgos de la condición adulta y los caracteres de cada una de sus fases y como la condición sacerdotal modula los problemas y las salidas airosas o defectuosas de los mismos.

3ª.- Evitar la **excesiva dicotomía** (hija de un maniqueísmo encubierto) **entre dificultades y posibilidades**. Los balances «en blanco y negro» en los que se consignan en una columna los «aspectos positivos» y en otra los «aspectos negativos» son simplistas y en parte injustos. Una misma situación de vida (por ejemplo, el celibato) o de ministerio (por ejemplo, la dificultad de evangelizar) lleva en sí mismo posibilidades y dificultades. El que unas se sobrepongan a las otras depende de la historia de la persona, del apoyo recibido y, en último término, de ese juego sutil e insondable entre la libertad y la gracia.

4ª.- Subrayar la continua interacción entre las cuatro dimensiones de la Formación Permanente y, en concreto, **la saludable interferencia de la buena espiritualidad sobre**

la humanidad del sacerdote. Puede decirse que es imposible un despliegue humano amplio del sacerdote adulto sin una rica espiritualidad. Ella le brinda criterios y motivos para crecer. Sin éstos el crecimiento posible queda sensiblemente limitado. La santidad es una buena ayuda para que seamos más humanos. Y aunque pueda posarse también sobre personalidades problemáticas e incluso neuróticas mostrando así la soberanía de la gracia, una humanidad afectivamente rica y equilibrada es, de ordinario, una condición más apta para la práctica de una auténtica espiritualidad.

5ª.- Mostrar la **gran riqueza humana del oficio de pastor.** Cuando un hombre se identifica con este oficio los flancos humanos que estimula y desarrolla son mucho mayores que aquellos que puede inhibir o dificultar. Existen pocas profesiones que favorezcan tanto el cultivo de la afectividad y la responsabilidad, de la gratuidad y la profundidad. «*Nos ha tocado un lote hermoso; nos encanta nuestra heredad*».

6ª.- **Seguir fielmente el texto de P.D.V. y comentarlo creativamente.** La intención de Juan Pablo II en P.D.V. no es ofrecer una panorámica general de la situación de los presbíteros ni un diseño substancialmente completo de su formación humana. Consiste más bien en apuntar algunos problemas y riesgos de los diferentes grupos de sacerdotes, en fundamentar la necesidad de dicha formación y en señalar algunas áreas privilegiadas de la misma. Nosotros debemos no sólo aplicar sino prolongar la P.D.V. guiándonos de sus principios inspiradores. Este ha sido el objetivo que me he propuesto. El presente trabajo no ha logrado sino desbrozar el camino.

Zamora, 26 de mayo de 1994.
Fiesta de JESUCRISTO SUMO Y ETERNO SACERDOTE.

Notas

¹ Del libro *La formación humana de los sacerdotes según Pastores dabo vobis*, pp. 7 a 49.

² Obispo de Zamora, España. Presidente de la Comisión Episcopal del Clero.

³ Cf. P.D.V. n. 73a.

⁴ Cf. DREWERMANN, E.: «Kleriker, Psychogramm eines Ideal» Edit. Walter. Olten 1989.

⁵ Cf. P.D.V. n. 79; «Directorio de la Congregación del Clero», n. 80.

⁶ Para un estudio del Sínodo previo a P.D.V., Cf. «Il Sínodo dei Vescovi 1990». Roma 1991. Edit. «La Civiltà Cattolica».

⁷ P.D.V. n. 72.

⁸ Cf. p. ej. BEIRNAERT, L.: «Experience chrétienne et psychologie». Paris. Édit. L'Epi.

⁹ Cf. P.D.V. n. 43.

¹⁰ Cf. P.D.V. n. 71.

¹¹ P.D.V. n. 71.

¹² «La preparación de los formadores en los seminarios». Congregación para la Educación Católica. 1993. nn. 33-36.

¹³ Cf. P.D.V. n. 44.

¹⁴ CENCINI, MOLARI, FAVALE, DIANICH: «El presbítero en la iglesia de hoy». Madrid 1994. Edit. Atenas; pg. 28.

¹⁵ P.D.V. n. 44d.

¹⁶ Cf. P.D.V. n. 44e.

¹⁷ Cf. P.D.V. n. 44f.

¹⁸ Cf. P.D.V. n. 44g.

¹⁹ «Directorio para el ministerio y vida de los presbíteros». Congregación para el Clero. Roma 1994. Editrice Vaticana; n. 28.

²⁰ ANATRELLA, T.: «Vieillesse et perte de confiance des prêtres» en «La Vie Spirituelle», Suppl. n. 179. Dic. 1991.

²¹ P.D.V. n. 76.

²² P.D.V. nn. 76 y 77.

²³ Cf. PEDROSA, C.: «La psicología evolutiva». Madrid 1976. Edit. Marova. Pgs. 349-408.

²⁴ «Directorio de la Congregación para el Clero», n. 93.

²⁵ P.D.V. n. 76.

²⁶ «Directorio de la Congregación para el Clero», n. 82d.

²⁷ Ibid. n. 54.

²⁸ P.D.V. n. 77a.

²⁹ Cf. GARRIDO, J.: «Adulto y Cristiano». Santander 1989. Edit. Sal Terrae. pgs. 106.170.

³⁰ P.D.V. n. 77b.

³¹ Cf. GARRIDO, J. ibid. pgs. 134-136.

³² Puede resultar sugerente LECLERCQ, J.: «La alegría de envejecer». Salamanca 1982. Edit. «Sígueme».

³³ Col 1,24.

³⁴ Comisión Episcopal del Clero. «Plan Pastoral para el trienio 93-96». Madrid. Edice. 1993.

³⁵ Cf. Comisión Episcopal del Clero: «Los sacerdotes» (Ad usum privatum). Madrid. Edice 1993; pgs. 17-32.

EL SERVICIO DE LA PALABRA

Fernando H. Gadea

El pensar poético no calcula sino que pondera cordialmente¹

Héctor D. Mandrioni

La frase del P. Mandrioni me dejó pensando en continuar una reflexión que de vez en cuando, y algo desordenadamente, surge a solas o en la compañía de los amigos.

Ponderar, es sopesar, apreciar el peso de algo en la balanza. Según el diccionario, Cicerón usaba el «ponderare» en el sentido de formarse un juicio de las cosas conforme al placer o el dolor que causan. Hacerlo **cordialmente** es hacerlo con el corazón, es decir, con una entrega generosa y benevolente hacia el misterio de la realidad que se nos ofrece. Calcular, podría tener que ver también con el peso, pero en cuanto medida o cantidad; podemos calcular kilos, pero no corazones.

Cuando nos reunimos los curas en un «espacio» donde la razón esencial es la de la amistad, y no sólo la del compañerismo, somos testigos del nacimiento de algunas palabras verdaderamente reveladoras de lo más hondo de nosotros mismos, como surgidas de la auténtica raíz de nuestro ser ministerial. Palabras ponderantes.

En el clima de la amistad no sentimos esos temores paralizadores que engendran un hablar «periférico», donde pareciera que sólo se pasa revista a los temas y personas de nuestra cotidianeidad. Sin dejar de incluirme entre los hijos del temor, me animo a decir que cuando no hablamos de Dios y de nuestra historia con Él, nuestra palabra se sitúa necesaria y solamente en la «superficie» del misterio.

¿Quién puede negar la atracción que ejerce quien habla «con el corazón en la mano»? Toda la verdad de su decir está expuesta y ofrecida con un sello de sinceridad que la garantiza. Hablar con cordialidad no es algo que pueda surgir de ninguna técnica oratoria, ni de ningún conocimiento artificioso; es la expresión de un pensar cordial.

Si existe un hablar cordial, es porque existe la precedencia de un pensar cordial que, en primer lugar, ha intuido la dimensión de su objeto, objeto que contiene tal densidad de verdad, de bien y de belleza que ha cautivado y deslumbrado a su observador. Es el aperecibimiento, a veces doloroso, pero irresistible, de lo que lo excede en hondura.

Cuando la realidad se nos manifiesta, es todo nuestro ser, inteligencia, sensibilidad y voluntad, el que se siente interpelado por ella, y antes de responder a su llamado, dispone todas sus potencias para pensarla. Atónito, el pensar conoce un instante de abismal silencio. Ante la maravilla del ser responde el hombre entero, y sabe, que se dirige hacia el centro radiante de ese ser no sólo con la luz de su inteligencia, sino con el ardor de su corazón. Por la desmesura que existe entre la capacidad y el contenido se tiene la experiencia no sólo de sentirse atraído sino de haber sido conquistado y arrebatado por la misma Belleza. El Verbo eterno se nos ha manifestado y ha provocado el asombro y la respuesta de la Fe y el Amor. Es el momento del pensar cordial, poético y místico, del desposorio de la Verdad y el hombre, en la intimidad que dialoga; y el concepto (lo concebido) será el fruto no sólo de la Verdad que se impone por sí misma, sino de la Belleza que arroba y enamora permitiendo descubrir en ella al Sumo Bien. Dado a luz, será palabra cordial, de corazón a corazón, es decir, poesía.

¿Qué les está faltando a nuestras palabras? A mi entender, belleza. Sé que detrás de la cuestión estética existen muchos interrogantes y, me atrevo a decir, prejuicios.

Cuando preparamos nuestra predicación, seguramente intentamos apoyarnos en la verdad de lo revelado para conducir al pueblo hacia el amor de las cosas celestiales. Hasta allí, no hay problemas. Se trata de *aquello* que vamos a decir; la cuestión es cuando hablamos del *modo* en que vamos a decirla. No se trata del modo accidental, sino de aquel que refleja el ser mismo de la verdad a transmitir. El modo estético y no el «esteticismo» de cierta elocuencia impostada. El resplandor de la verdad y no su decoración. El resplandor que tiene la capacidad de cautivar y de transportarnos hacia el seno mismo del Bien y la Verdad.

Si tenemos en cuenta que el objeto de nuestro decir, de nuestro anuncio, es el de proclamar la Belleza suma de la Pascua, y si esa Belleza no puede alcanzarse sólo con el intelecto, sino también con la sensibilidad y el querer entrañable, y más aún, si reconocemos que hemos sido alcanzados por Cristo, y de un modo especial en el ministerio sacerdotal, entonces estamos considerando esa verdad más honda que es la de ser poetas de verdad. Poetas y místicos. Hemos comprendido que la Belleza tiene un Nombre crucificado y glorioso y que está dirigiéndose continuamente a nosotros para que entremos en un diálogo inspirado.

Nunca estará de más recordar aquel iluminador discurso de Pablo VI a los artistas italianos, donde recuerda a la Iglesia su necesaria misión de escuchar, de dejarse enseñar y de salir al encuentro de esos servidores de la Belleza:

«... son razones de nuestro ministerio las que nos hacen salir en busca de vosotros. ¿Tendremos que decir la gran palabra, que por lo demás vosotros ya conocéis? Tenemos necesidad de vosotros. Nuestro ministerio tiene necesidad de vuestra colaboración. Pues, como sabéis, nuestro ministerio es el de predicar y hacer accesible y comprensible, y más aún, emotivo, el mundo del espíritu, de lo invisible, de lo inefable, de Dios. Y en esta operación que traspasa el mundo invisible en fórmulas accesibles, inteligibles, vosotros sois maestros. (...) Y si nos faltara vuestra ayuda, el ministerio sería balbuceante e incierto y tendría que hacer un esfuerzo, diríamos, para hacerse artístico, o mejor para hacerse profético. Para alcanzar la fuerza de la expresión lírica de la belleza intuitiva necesitaría hacer coincidir el sacerdocio con el arte»².

Es preciso que encontremos esos *lugares teológicos* que son las obras de arte en las que palpita la presencia de lo inefable; es preciso salir a buscar y, más preciso aún sentir aquella necesidad de la que hablaba Pablo VI; es preciso sentir el estremecimiento gozoso de abrir un libro donde resuenen desde cualquier momento de la Historia, las palabras que pertenecen a «la» Palabra y que, por consecuencia, nos pertenecen en vistas a aligerar el yugo de los corazones agobiados de nuestro tiempo.

Tal vez a modo de recomendación, o como simple ocasión para comentarlo, es bueno decir que el la Feria del Libro de este año, en el stand del Verbo Divino, se podían adquirir a precio muy económico –gran paradoja porque hoy por hoy, en las librerías hay mucha basura que encima es cara– dos libros del P. Mandrioni, el ya citado *«Hombre y poesía»* y *«Rilke y la búsqueda del fundamento»*. A pesar de no haberlos leído completamente, me atrevo a citar una página del primero que me parece muy apropiada:

«La palabra poética y la palabra mística se encuentran en el común desinterés práctico que las anima. Es indudable que alienta en ellas un fervoroso interés; pero es un interés ajeno a lo utilitario, pues mientras una busca hacer aparecer la gloria de este mundo en una sonoridad accesible a los sentidos espiritualizados, la otra anhela ardientemente cambiar la existencia según las intenciones del amor.»

Además, tanto el conocimiento poético como el místico, proceden originariamente del amor. Para los dos el ser llama con un timbre muy particular; se trata de un timbre esencialmente afectivo que sólo puede ser percibido a partir de una especial disposición del corazón. Ésta es la razón por la que ambos conocimientos se experimentan en la forma de un “gusto” sapiencial; pero estas sabidurías sólo brotan en la tierra de una apertura amorosa al mundo de las cosas y de las personas.

Por último, lo que se manifiesta en la palabra del poeta y del místico tiene un origen común, a saber, la gracia. La inspiración entrega gratuitamente, en forma de don natural, aquello que luego brilla en la palabra del poeta. Por otra parte, el acto místico, como acontecimiento que se desarrolla más allá de todos los condicionamientos psicológicos requeridos para la recepción luminosa de una noticia, sólo puede acontecer por la intervención de una gracia divina extraordinaria.

Ambos, el místico y el poeta, son seres inspirados; pero la fuente desde donde brota la inspiración es distinta: para uno viene del espacio en que circula el ángel; para el otro, en cambio, el soplo del espíritu viene de la región que habitan las musas. Con todo, a veces, en un mismo corazón, el soplo de ambas inspiraciones forma un solo viento»³.

Se nos ha confiado el ministerio de la Palabra con la finalidad de exhortar, consolar, enseñar y alcanzar el corazón de los hermanos a partir de nuestro corazón sacerdotal. Se nos ha confiado una palabra con capacidad de crear porque es Palabra del que hace nuevas todas las cosas. Reconocemos sin duda, la necesidad de la Revelación, del soplo del ángel; sería bueno desear el soplo de las musas.

¿Por qué no pensarnos como poetas? En cuanto servidores de la Palabra, lo somos realmente. Es dimensión de nuestro ministerio. Contemplar en silencio el Misterio del Amor que engendra la palabra que, a su vez, engendra el silencio fecundo de aquellos que nos escuchan y serán creadores de palabras. Es verdad que muchas veces nos consideramos muy por debajo de la capacidad mínima de hacer poesía, en el sentido «técnico» del término. Nos relegamos a un plano utilitario o normativo y dejamos encerrada nuestra poesía en nuestra intimidad. Sentimos pudor de nuestra verdad más honda. No me cuesta imaginar cuántas poesías duermen el sueño injusto de nuestros cajones de escritorio. Aún a riesgo de pecar de simplismo, ¿no es cierto que vivimos un tiempo de impudicia corporal paradójicamente simultáneo con una verdadera vergüenza de mostrar lo más verdadero de nosotros mismos? Somos presas del miedo de desnudar el alma y confesarnos como los agraciados destinatarios del Amor de Dios. Los profetas fueron poetas y místicos. Se dijeron a sí mismos declarándose visitados por la palabra penetrante que manifestó lo más oculto de sus corazones, y así revelaron al Dios enamorado y celoso, airado y clemente, dispuesto a todo para salvar. Por eso hablaron palabras operantes, poéticas, bellas hacedoras de destinos según el querer de Dios.

Latiendo victoriosa sobre la noche de la Nada, la Palabra Encarnada nos invita a seguir quebrando el silencio con un decir fecundo capaz de crear silencios, palabras y destinos verdaderos.

Notas

1. Hector D. Manrioni, “Hombre y poesía”. Ed. Guadalupe 1971, p. 24
2. Volvamos, Iglesia y Artistas, a la gran amistad. Discurso del Papa Pablo VI a un numeroso grupo de artistas italianos del 7 de mayo de 1964.
3. H. Mandrioni, o.c. pp

IIª JORNADA NACIONAL DE RESPONSABLES DE CLERO

En la ciudad de La Falda, provincia de Córdoba, los días 3 al 7 de junio del corriente año, se realizó la IIª Jornada Nacional para Responsables de Clero. Esta reunión fue convocada por la Comisión Episcopal de Ministerios (CEMIN) de la Conferencia Episcopal Argentina, por encargo de la Asamblea Plenaria de los Obispos.

Con esta Jornada se buscaba continuar la reflexión y el estudio de las distintas problemáticas que se refieren a la pastoral sacerdotal. Este tema ya había sido abordado en encuentros similares tenidos en anteriores oportunidades: con ocasión del Sínodo sobre la formación sacerdotal hubo una reunión preparatoria en Buenos Aires (año 1990) y otra posterior, también en Buenos Aires (1991). En marzo de 1992 se organizó la Iª Jornada para Responsables de Clero, que tuvo lugar en Fisherton (Pcia. de Santa Fe), en la que se abordó el tema de la Formación Permanente en sentido amplio¹.

Para esta IIª Jornada los Obispos habían encomendado a la CEMIN que se ofrecieran elementos para la tarea de quienes están animando -de algún modo- la pastoral sacerdotal en las distintas diócesis del país. Por tal motivo se convocó a sacerdotes de distintas regiones pastorales a una reunión en la que se recogieron sus aportes y sugerencias. Allí se definieron los objetivos de la IIª Jornada y se constituyó el Equipo organizador.

Los objetivos se formularon de la siguiente manera:

* general: *alentar y ayudar a la formación de los responsables (Vicarios, Delegados, Animadores) de Clero de las diócesis del país.*

* específicos para la Jornada 1996:

1. *Considerar la Formación Permanente desde la perspectiva del Responsable de Clero; para ello se tendrá en cuenta:*

- *la recepción de la enseñanza eclesial sobre el tema;*
- *el camino recorrido en el país;*
- *intercambio de experiencias que se están realizando.*

2. *Atendiendo a las características de la etapa inicial de la vida presbiteral (introducción al ministerio), buscar orientaciones para los cinco primeros años.*

El Equipo organizador quedó constituido por los Pbros. Carlos Galli y Enrique Eguía Seguí, de Buenos Aires; Fernando Rodríguez, de Córdoba; Gustavo Help, de Lomas de Zamora y Carlos Franzini, Secretario Ejecutivo de la CEMIN.

En orden a alcanzar los objetivos propuestos la reunión tuvo dos partes. Para el primer objetivo se contó con la iluminación del Pbro. Carlos Galli y de Mons. José María Arancibia. El primero expuso sobre "*Nueva evangelización y formación permanente*"², aportando así su reflexión sobre el marco histórico-eclesial en el que se desarrolla el ministerio sacerdotal hoy. Mons. Arancibia hizo un repaso de las principales afirmaciones

de la Iglesia sobre el Responsable de la formación sacerdotal permanente, partiendo de *Pastores dabo vobis* y del *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros*.

La elaboración de orientaciones para la primera etapa del ministerio se trabajó a partir de un diagnóstico de dicha etapa realizado por los participantes y de algunas experiencias que se vienen realizando. Se presentaron las de las diócesis de Río Cuarto y San Isidro, las “Semanas del clero joven” de la Arquidiócesis de Buenos Aires y la labor que desarrolla en esta materia la región del NEA³. También se presentó el curso anual que organiza la Comisión Nacional de Clero, de la Conferencia Episcopal Chilena. Este trabajo permitió esbozar algunas orientaciones básicas que deberán ser adaptadas a la realidad y posibilidades de cada diócesis. Para pensar de manera más sistemática y programada la formación permanente se contó con la iluminación del Pbro. Jorge E. Scheinig.

Participaron representantes de 30 diócesis del país⁴ y un invitado especial de la Conferencia Episcopal de Chile. La reunión contó con la presencia de Mons. Carmelo J. Giaquinta, Presidente de la CEMIN y de los obispos encargados del área sacerdotes de esa Comisión Episcopal, Mons. José María Arancibia, Arzobispo de Mendoza y Mons. Emilio Bianchi di Cárcano, Obispo de Azul. También se hizo presente el Señor Cardenal Raúl Francisco Primatesta.

Esta reunión ha permitido hacer algunas constataciones con relación a cuanto se viene haciendo en las diócesis participantes en favor de los presbíteros y las distintas maneras de encarar su formación permanente.

En primer lugar se afianza la idea de una pastoral específica en favor de los pastores. Se conversó sobre el modo más apropiado de llamarla: pastoral de pastores, pastoral sacerdotal, formación permanente e integral, ministerio del acompañamiento sacerdotal, etc. De todos modos quedó claro que no importa tanto el nombre cuanto la realidad a la que se quiere responder: los pastores necesitamos una atención específica por parte de la Iglesia, para poder desplegar toda la fecundidad del don recibido de la misma Iglesia. Esta conciencia creciente se expresa en las distintas personas, actividades y estructuras que las diócesis van dedicando a este servicio. Ha sido interesante constatar que esto se da también en otros países y regiones del mundo, con diversas intensidades y estilos

⁵

Es un dato adquirido el que la formación permanente se comprenda como realidad amplia y compleja. Ya no se la entiende como mera “actualización teológica”, cursos de perfeccionamiento o ejercicios espirituales. Es eso y mucho más. Es el vasto campo de actividades, disposiciones, servicios y actitudes que favorecen el desarrollo de una vida ministerial plena y fecunda, con el dinamismo propio de la gracia recibida en la ordenación sacerdotal.

Hecha esta constatación aparece claramente la necesidad de abordar la pastoral sacerdotal desde distintos ángulos. Una es la responsabilidad del Obispo y sus colaboradores inmediatos (Vicarios, Delegados, etc), otra responsabilidad es la de los Decanos. Pero también aparecen figuras como las de los Directores Espirituales o sacerdotes con carisma para acompañar a sus hermanos que cumplen un servicio

invalorable (e irremplazable). Existen estructuras que apoyan esta pastoral: Consejo Presbiteral, decanatos, equipos de clero joven; y también agrupaciones más espontáneas: grupos o movimientos reunidos por una misma espiritualidad. En algunas diócesis ya se cuenta con un Equipo para organizar y acompañar la formación permanente del clero. Se ha visto la conveniencia de coordinar estos esfuerzos y programar de manera más sistemática la actividad. También se destacó la conveniencia de agruparse regionalmente para brindarse mutuo apoyo. En este sentido se espera un servicio más decidido por parte de la CEMIN.

Finalmente, hemos constatado con alegría que es mucho lo que ya se está haciendo en favor de los sacerdotes. Esta constatación, sin embargo, no nos dispensa del compromiso de seguir avanzando en orden a lograr una pastoral sacerdotal más coherente y sistemática, que responda a los desafíos del tiempo que nos toca vivir, en el que la Providencia nos envía a ser sacramento vivo de Jesús Buen Pastor.

Carlos M. Franzini
Secretario Ejecutivo de la CEMIN

Notas

¹ Para tener presente el recorrido tenido hasta entonces se puede consultar el artículo "*Formación sacerdotal permanente: nuestro camino reciente*", Criterio 2103 (1992), pp.655-663, de J.M. Arancibia y C.Galli, que ofrece una detallada descripción de dicho itinerario.

² El texto de esa ponencia será publicado en un próximo número de "*Pastores*"; sobre este tema se puede consultar el artículo "*El sacerdote ante el desafío de la nueva evangelización*" de Julio Terán Dutari, sj; publicado en *Pastores* N° 5, mayo 1996, pp.2-10.

³ Esta experiencia fue expuesta por el Pbro. Carlos De Giusti en "*Pastores*" N° 1, pp. 26-27, diciembre 1994.

⁴ Las diócesis representadas fueron: Añatuya, Azul, Buenos Aires, Catamarca, Concepción, Córdoba, Cruz del Eje, Dean Funes, Jujuy, La Rioja, Lomas de Zamora, Mar del Plata, Mendoza, Mercedes, Posadas, Quilmes, Rafaela, Reconquista, Resistencia, Río Cuarto, Río Gallegos, Rosario, San Isidro, San Justo, San Martín, San Miguel, San Nicolás, Santiago del Estero, Tucumán y Villa María.

⁵ Se puede consultar la crónica de un Encuentro Latinoamericano sobre este tema, celebrado en Bogotá en febrero de 1995, publicada en "*Pastores*" N° 2, mayo 1995, pp.37-38.

RECENSIONES

«*NUESTRA TRAYECTORIA ESPIRITUAL*»

Francis Kelly Nemeck - Marie Theresa Coombs
Editorial de Espiritualidad, Madrid, 1988.

Toda la creación está en génesis espiritual (Rom 8,22). Todos estamos llamados a la unión transformante con Dios de tal manera, que cada personalidad individual alcanza en Dios la plenitud de su propio ser, la total realización de su libertad e identidad. Es un proceso lento y que abarca la vida entera. Todas y cada una de las personas, circunstancias y acontecimientos de nuestro vivir diario contribuyen a ese proceso. ¿Cuál es la experiencia humana en los distintos hitos a lo largo del recorrido hasta llegar a la plena unión con Dios? Éstas son las cuestiones a las que se refiere este estudio.

Dios nunca es violento. Él nos mueve siempre desde dentro, conduciéndonos inexorablemente hasta llegar a realizarnos plenamente según su deseo para cada uno de nosotros. Lo hace libremente: con libertad por su parte y por la nuestra. El Señor no sólo nos deja libres, sino que alienta e impulsa enormemente nuestra libertad a elegir siempre lo mejor. Cuando abusamos de esta libertad y elegimos el pecado, Dios obra con nosotros para que nos arrepintamos. En eso consiste el misterio de la Providencia divina.

Lo que nosotros percibimos de la Providencia divina es como lo que vemos cuando miramos un tapiz por el revés. Parece que hay muchos más cabos deshilachados que diseños bien trazados. Pero el Señor contempla ese mismo tapiz de nuestras vidas por el derecho, y no sólo desde la altura, sino también desde bien cerca. Ve cada hebra, cada puntada, cada entrelazado. Al fin y al cabo ahí está Él cooperando con nosotros en todos los detalles.

Todo lo que sufrimos en la vida no es primordialmente ni expiación ni castigo. Es fundamentalmente el lado inverso de la unión amorosa. Y si Dios no nos purifica totalmente en un momento y de golpe no es porque Él no pueda hacerlo, sino porque nosotros no lo resistiríamos. Por eso el proceso de nuestra purificación lleva toda una vida.

Por Pbro. Manuel Pascual
Buenos Aires

CORAZÓN QUE ESCUCHA

Francis Kelly Nemeck - Marie Theresa Coombs
Narcea, S.A. de Ediciones, Madrid, 1984.

Cuando Dios comienza a llevar a uno por el camino de la contemplación —que en realidad no es ningún “camino”— casi inevitablemente esa persona va a empezar a sentirse confusa, inquieta y con temor de estarse alejando de Dios. Lo que en realidad está siendo un progreso en santidad, con frecuencia aparece como retroceso hacia uno mismo. De ahí que este estudio sea una cuidada reflexión sobre la acción de Dios en el interior del alma y sobre la forcejeante respuesta de la persona al amor transformante de Dios.

La presencia de pecado en la vida de una persona no significa necesariamente que no se esté dando en ella una intensa acción transformante de la gracia o que no exista una sincera respuesta al amor de Dios. San Juan de la Cruz es lo suficientemente realista como para saber que no va a encontrar perfección al comienzo de la contemplación. No pretendamos

llegar a la perfección mientras peregrinamos en esta vida (cf. Flp 3,5-16; Rom 8,22-25) porque todos y cada uno de nosotros continúa siendo un auténtico pecador hasta el momento de la muerte. Nadie es capaz de atravesar la noche totalmente intacto y puro.

Querer abarcar más de lo que la misión personal de cada uno exige, lleva únicamente a la dispersión y el agobio interior, lo cual nada tiene que ver con el estar “ocupado en las cosas del Padre” (Lc 2,49). Habrá veces en las que deberemos decir “no” para poder decir un “sí” más profundo. Aquel que intenta actuar y hacer las cosas por los demás o por el mundo, sin profundizar en el conocimiento de sí mismo, de su propia libertad y su capacidad de amar, no tendrá nada que dar a los demás. No les comunicará más que el contagio de sus propias obsesiones, su agresividad, sus ambiciones egoístas, sus prejuicios e ideas.

Por Pbro. Manuel Pascual
Buenos Aires

«RECEPTIVIDAD»

Francis Kelly Nemeck

Editorial de Espiritualidad, Madrid, 1985.

Receptividad es la actitud fundamental, y que lo abarca todo, de la criatura ante su Creador. ¿Qué tenemos –qué somos– que no lo hayamos recibido? (1Co 4,7). Y donde tomamos mayor conciencia de la calidad de nuestra receptividad es en el sufrimiento y en la oración. El sufrimiento intenso y la oración profunda son los ámbitos más normales en los que experimentamos con mayor evidencia nuestra propia pobreza y miseria junto con el inmenso amor de Dios transformándonos en sí mismo.

Este libro, por tanto, trata del misterio del sufrimiento y del misterio de la oración en cuanto que convergen en lo más íntimo de nuestro ser, produciendo esa respuesta personal de dejarle a Dios que realice su obra en nosotros. En cierto sentido plantea el sufrimiento como oración, o al menos como algo impregnado de un inmenso potencial para tornarse en oración.

La capacidad para conocernos a fondo y descifrar nuestras más hondas necesidades es terriblemente limitada y torpe. Las complejidades de nuestra pobreza interior y las profundidades de nuestro ser son tan insondables que en llegando a un punto (relativamente superficial) nadie es capaz de penetrarse del todo, ni a sí mismo ni a otro. Aquí es donde Dios tiene que tomar las riendas de manera más directa y ejercer una función más activa e íntima en nuestra vida. Ésta es por antonomasia la hora del cristiano, grave y dolorosa, pero llena de paz y gozo para la persona de fe y de oración. A partir de este momento ya no hay límites para lo que Dios puede realizar en nosotros.

Es un estudio acerca de lo que significa permanecer receptivo ante Dios, según la teología del padre Pierre Teilhard de Chardin comparada con algunos aspectos de la Noche oscura del alma, de San Juan de la Cruz.

Por Pbro. Manuel Pascual
Buenos Aires

«EL CAMINO DE LA DIRECCIÓN ESPIRITUAL»

Francis Kelly Nemeck - Marie Theresa Coombs
Editorial de Espiritualidad, Madrid, 1987.

Este libro escrito por un Oblato de María Inmaculada y por una ermitaña, se inserta en el conjunto de una serie de obras dedicadas al estudio del camino espiritual cristiano. Concretamente en ésta los autores nos presentan de una manera sencilla y profunda este “ministerio eclesial” que es la dirección espiritual, la cual más que “rol” es un carisma del Espíritu en orden a la regeneración de la vida en Dios, según la más antigua y rica tradición de la Iglesia. Los hombres y mujeres que a lo largo de la historia de la Iglesia han ejercido competentemente este servicio han sido y son, ante todo, verdaderos padres y madres en Cristo, cuya misión es colaborar con la obra del Espíritu. Esto lleva a que el padre espiritual sea siempre un verdadero “pneumatikós”, un hombre lleno del Espíritu Vivificador. Los autores subrayan la visión de la dirección espiritual como momento de honda escucha de Dios y por esto de verdadero discernimiento de su Voluntad. Este libro aborda también la presentación de la dirección espiritual como encuentro no sólo espiritual sino también profundamente humano, aludiendo a las actitudes interiores y psicológicas necesarias para que sea un encuentro verdadero, como así también nos advierte acerca de las dificultades humanas y psicológicas en este terreno. Esta obra aporta en un lenguaje sencillo y claro un panorama bastante completo de este ministerio que el Pueblo de Dios espera también de sus sacerdotes. Pienso que es de gran ayuda por su valor de clarificación teórica y por las indicaciones prácticas que brinda.

**Por Pbro. Carlos O. Ponza
Córdoba**

«FRATERNIDAD SACERDOTAL»

Aspectos sacramentales, teológicos y existenciales
Carlo Bertola. Sociedad de Educación Atenas, Madrid, 1992

Hablar hoy de fraternidad sacerdotal no resulta novedoso. Siempre han habido sacerdotes atentos a esta dimensión de la vida de los pastores; sin embargo a partir del Concilio Vaticano II se ha hecho más clara la conciencia eclesial en este sentido. Tanto la teología del Orden Sagrado como la reflexión espiritual y pastoral han venido destacando lo que el Papa enseña de manera contundente: “*El ministerio ordenado tiene una radical forma comunitaria y puede ser ejercido sólo como una tarea colectiva*” (PDV 17). Al mismo tiempo la experiencia de los presbiterios de las distintas diócesis confirma esta verdad. Se siente la necesidad de vivir de manera más comunitaria y fraternal la vida ministerial; se tiene conciencia más clara de ser “colaboradores del orden episcopal”, antes que “señores del propio feudo”. Y también se advierte lo perjudicial de una vida ministerial aislada y solitaria, tanto por parte de quienes se encuentran separados por grandes distancias como por quienes sufren el “desierto” de las grandes aglomeraciones urbanas.

Sin embargo es justo reconocer que en este camino hacia presbiterios más fraternos queda mucho por recorrer. Descontando el pecado, que es el principio de toda división, también aparecen otros inconvenientes para hacer más evidente y concreta la radical forma comunitaria del ministerio ordenado. Quizás seamos todavía demasiado dependientes de una concepción de lo comunitario ligada a la comunidad religiosa, quizás estemos susten-

tando lo fraternal sólo en aspectos afectivos o ideológicos, quizás creamos que la motivación sea de orden meramente práctico o funcional (“juntos somos más”)...

Esta pequeña obra que presentamos (120 páginas) ofrece -como el subtítulo lo indica- elementos para ahondar en una reflexión teológica y espiritual de los fundamentos de la fraternidad sacerdotal. Se plantea también la íntima relación entre fraternidad, maduración humana, celibato, amistad sacerdotal. El autor, con un lenguaje sencillo y accesible, ofrece abundante material bíblico y magisterial para presentar el tema. Sugiere asimismo una vasta bibliografía para quien quiera ampliar su reflexión.

Por Mons. Carlos Franzini
San Isidro

INSTITUTO DE ESPIRITUALIDAD A DISTANCIA

Este Instituto, agregado a la Pontificia Facultad Teológica Teresianum de Roma, ofrece cursos de espiritualidad con la modalidad de estudio a distancia.

Luego de completar los tres cursos académicos y presentado un trabajo escrito el alumno podrá obtener el diploma correspondiente expedido por el Instituto, como Centro agregado al Teresianum.

ESQUEMA DE ESTUDIOS

Primer curso:

Espiritualidad fundamental
Espiritualidad antropológica
Espiritualidad sistemática
Espiritualidad básica

Segundo curso:

Espiritualidad litúrgica
Espiritualidad familiar
Espiritualidad de la vida consagrada
Espiritualidad sacerdotal

Tercer curso:

Historia de la espiritualidad
Corrientes y movimientos actuales de espiritualidad
Psicopedagogía y vida espiritual
Santa Teresa de Jesús
San Juan de la Cruz

También pueden adquirirse ***temas complementarios:***

La búsqueda de Dios, de varios autores
Isabel de la Trinidad, de varios autores
Teresa de Jesús, testigo y maestra de oración, de Maximiliano Herráiz

Informes e inscripción:

Plaza de España, 13 - 28008 MADRID (España)